ESCALOFRÍOS TERROR

# RALPH BARBY

23

MACABRA COLECCIÓN

# TERROR



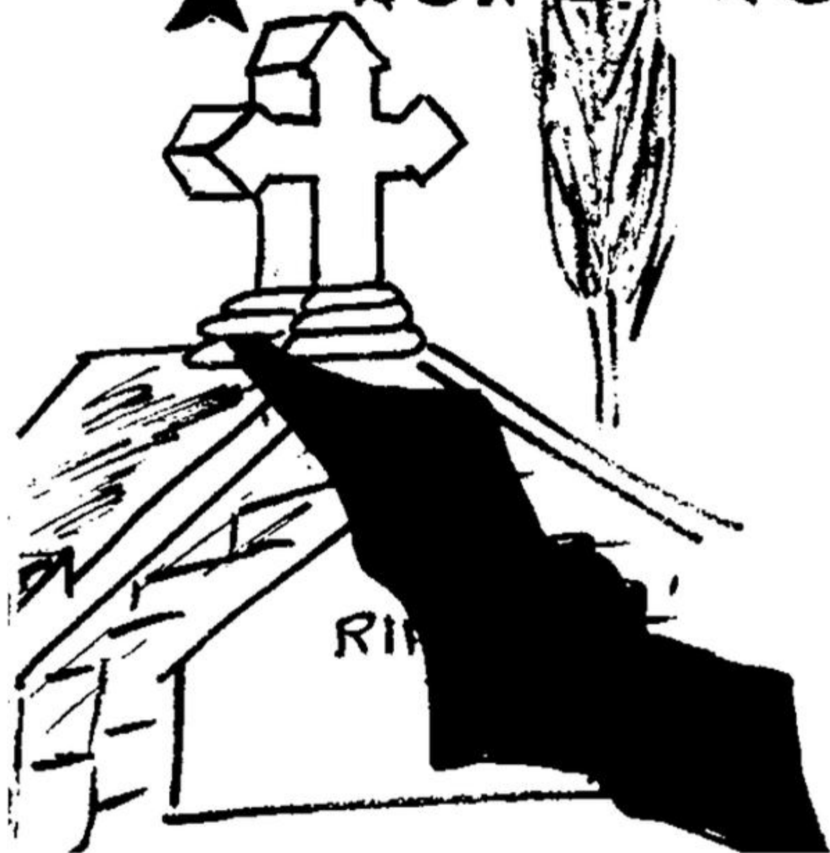






escalofríos de

# TERROR



RALPH BARBY

# MACABRA COLECCIÓN

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 23

**Ediciones Olimpic S.L.**
**Apdo. Correos, 9428**
**08080 – Barcelona**

ISBN: 84-02-02506-4
Depósito Legal: B 46982-1977

1ª edición: octubre, 1988



Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

# Capítulo primero

Michael entró en la taberna del Soho londinense empujando la mugrienta puerta con cristales, que apenas permitían pasar la luz del exterior y que no dejaba ver el interior del local a los viandantes. Se descendía por unos peldaños de madera. Las paredes parecían pintadas por el tiempo; décadas y décadas. Era muy posible que algunas de las gruesas rayas que allí había, de color más oscuro que otras, fueran sangre seca y oxidada.

Michael descendió, primero rápido y luego más despacio, como si quisiera observar un poco el ambiente. No solía ir por aquellas tabernas y menos, solo. Los rostros eran patibularios, todo, allí, semejaba retrotraerse en el tiempo.

Mesas de madera gruesa, rayadas, acuchilladas con nombres o palabras sueltas, en su mayoría soeces. Si se buscaba, hasta podía encontrarse algún agujero de bala y las cuchilladas eran innumerables. En aquellas mismas mesas podían haberse sentado personajes de siglos atrás que habían pasado a la historia del imperio Británico y los propietarios de la taberna no parecían desear que nada cambiase, allí. Su sabor, su mugre, era su tipismo; sin embargo, no estaba hecho para turistas, porque cualquier turista de fin de semana, francés, español, belga u holandés, se lo pensaba dos veces antes de quedarse allí, entre aquellos sujetos de jersey de cuello alto, mirada siniestra, mandíbulas duras y constantes gruñidos.

Michael era joven, usaba *blue-jeans* y botas de media caña con tacón alto y cazadora también tejana. No parecía llevar muchos chelines en sus bolsillos por lo que podía estar tranquilo, aunque su abundante cabello rubio y rizado, muy hinchado siguiendo la moda afro, llamaba la atención como una antorcha encendida en la noche

solitaria de un pantano.

Varios ojos se clavaron en él y quizá algunas de las miradas más retorcidas siguieron la línea de su cuerpo, de sus muslos apretados, de sus nalgas que más parecían las de una chica moderna que las de un muchacho que aspirase a transpirar virilidad.

Para aquellos individuos, Michael podía muy bien ser un gay, y eso quizá resultara una diversión en muchos aspectos.

—¿Qué buscas aquí, chico? —rezongó la mujeruca que se había colocado tras el mostrador. Sus brazos eran tan gruesos como las piernas de Michael y tenía escaso cabello de color paja, deslucido; por su mirada casi podía pensarse que envidiaba la melena del joven.

—Bueno, yo he venido a tomar una pinta de cerveza que sea negra y fuerte, no de esa embotellada que sirven en los *snacks*.

De pronto, la tabernera alargó su mano. La pasó entre la chaquetilla tejana de Michael y lo manoseo por dentro.

—¿Qué hace? —exclamó el chico.

—Es que me han contado que algunos chicos como tú, tienen más mamas que yo.

Hinchó sus opulencias pectorales mientras reía y sus carcajadas se contagiaron al resto de los concurrentes. Michael carraspeó, se sentía muy incómodo. No pasaba por un miedoso, pero allí no las tenía todas consigo.

—Busco, busco a un amigo.

—Ya, a un amigo. —La mujer puso una jarra de madera y la llenó de cerveza espumeante—. ¿Y cómo se llama tu amigo?

—Pues, ya, ya lo veré cuando venga.

La tabernera separó sus manos y las cerró, dos grandes manazas sonrosadas y húmedas, oliendo a cerveza y que se cerraron en torno a la cara de Michael.

¡Plast!

—¡Ya está bien! —bramó Michael.

—¡Mirad, se ha puesto rojo!

La mujeruca era muy provocona y había tomado a Michael como juguete o víctima propicia para animar el ambiente de la taberna.

—¿Qué preferirías, irte con uno de ellos o conmigo?

—¡A la mierda!

De súbito, Michael se sintió empujado por algo duro y cilíndrico

que lo aplastó contra el mostrador. Se resolvió furioso con la jarra en la mano, dispuesto a no dejarse avasallar, y se encontró frente a un sujeto de extraño aspecto. Era más alto que él mismo y llevaba una estrafalaria chaqueta de lana de cheviot en colores rojos y negros y un sombrero hongo. Tenía una mejilla muy hinchada, un bigote largo y grueso sobre el labio superior, dientes demasiado grandes y gafas oscuras. En la mano llevaba un bastón que más que bastón era una garrota con cuya punta le había empujado.

—¿Eres Paul? —preguntó, con su voz gruesa.

—Bueno, yo… Usted, usted es el que ha llamado, ¿verdad?

—Con que éste era el amiguete, ¿eh? —se rió la tabernera acodándose sobre el viejo e histórico mostrador, como disponiéndose a presenciar un espectáculo.

El individuo de la garrota no se dejaba intimidar y dio un fuerte golpe sobre la barra. Sus ojos, aunque estaban detrás de las gafas oscuras, semejaron centellear.

—No quiero bromas, bruja. Llévanos *whisky* a la mesa, pero del bueno, que no tengo que dar más golpes.

—¡Eh, pero!… ¿quién se ha creído que es?

El hombre del sombrero hongo y la chaqueta de cheviot sacó de un bolsillo, unas libras que puso sobre el mostrador; luego, sonriendo forzadamente con aquella boca deformada que exhibía, dijo:

—Tengo de las dos clases para pagar; de éstos —señaló los billetes— y de éstos.

Golpeó con el garrote ahora sin fuerza, dejando evidente su contundencia.

—Bueno, bueno, no es para enfadarse, allá cada cual con sus caprichos.

El hombre dejó las libras sobre el mostrador y cogió a Michael por el brazo. Éste tuvo la sensación de que en torno a él se cerraba una tenaza y fue empujada hacia un rincón de la taberna. Cualquiera hubiera podido pensar que Michael era algo así como una furcia de burdel barato.

—Anda, siéntate —le ordenó, señalando una banqueta, de espaldas a todos, mientras él se colocaba en el banco de cara al resto de la taberna, como controlándola con su mirada inquisitiva.

—Oiga, bueno, no sé lo que busca, pero yo no soy, no soy un…

—¿Marica?

—Veo que me entiende.

—Si no lo eres, lo pareces, idiota.

—¿Y usted no lo parece y lo es?

—Si vuelves a abrir la boca así, te rompo el cráneo con ésta —volvió a mostrarle la garrota que dejara sobre la mesa, siempre al alcance de su mano.

—No es para molestarse tanto.

—Aquí traigo del mejor *whisky* —rezongó la tabernera, acercándose y mostrando una botella que limpiaba entre la ropa del pecho y el antebrazo. Señaló a Michael y preguntó—: ¿Para él también?

—Sí, para él también.

—Yo ya bebo cerveza —se excusó Michael.

—Deja los dos vasos.

—Está bien, pero a lo peor, al niñaco le hace daño.

—No te pases de lista, a lo peor te hace daño a ti lo que se inyecta él.

—Oiga, que yo no soy ningún drogadicto —le atajó.

—Aquí se bebe y si se hacen amiguetes, es cosa que no me importa, como si le pone un apartamento, pero nada de drogas. No utilicen mi taberna pura eso, no quiero a los de Scotland Yard metiendo las narices en mi casa.

—Sí que es una casa seria —rezongó, sarcástico, aquel sujeto enigmático que despedía mucha seguridad.

La tabernera les dejó solos. Michael miró de reojo hacia los lados; nadie parecía desear meterse con el hombre de la garrota, podía ser un tipo de mala uva.

—Tú no eres Paul, ¿verdad?

—Pues yo, es que…

—No eres Paul, ¿verdad? —insistió.

—Me llamo Michael. Paul no ha podido venir y yo puedo hacer el trabajo. Me han dicho que se podía ganar unas libras.

—¿Eres amigo de Paul?

—¡Oh, sí, claro! Allí todos somos amigos, las chicas, los chicos. Todos amigos, pero no es lo que usted supone.

—Mira, no me importa nada de lo que hagáis o dejéis de hacer. Yo tengo un trabajo serio y quiero que se haga. ¿Qué estudias?

—¿Yo?

—Imbécil… Si miras a los lados verás que sólo hay un imbécil y ése eres tú.

—Si sigue insultándome, me voy.

—Si te levantas antes de que yo lo diga, te rompo el cráneo con la garrota y no esperes que nadie se lo vaya a contar a la policía, nadie cíe aquí va a ayudarte.

Michael se sentía dominado, pese a que desde un principio había intentado mostrarse entero, suficiente. Aquel tipo, su actitud dominante y el ambiente de la taberna, sin ningún joven más que él, le estaban acocotando.

—Bueno, si no le interesa hablar conmigo, me voy. Paul no podía venir y a mí no me irían mal unas libras de más.

—Espera, todavía no te he dicho que te largues. Busco a un muchacho que estudie Medicina y que quiera ganarse un poco de dinero.

—Pues, yo, yo estudio Medicina.

—¿Qué curso?

—El primero.

—¿Y cuánto tiempo hace que estás en el primero?

Michael puso cara de circunstancias.

—¿Importa eso?

—Ya, imagino que tú eres de los que no prosperan, y hasta puede ser posible que pertenezcas a una familia adinerada que no te da un penique por tu comporta miento, pero a mí ¿qué más me da? Estoy seguro de que si eres de los que repiten cursos habrás visto más de una autopsia.

—Pues sí, he visto algunas. No pretenderá que haga una autopsia…

—No, no es tanto. ¿Qué te parecen cien libras?

—Magníficas, pero si tengo que suicidarme para conseguirlas, no soy su hombre.

—No se trata de que te suicides, es un trabajo fácil.

—Si es tan fácil, ¿por qué no lo hace usted mismo?

—Porque hay ciertos trabajos que prefiero pagarlos y que los hagan otros, para eso soy yo quien tiene la plata.

—Por lo menos, usted no se muerde la lengua.

—No serviría de nada, no he venido a darte un discurso sino a

proporcionarte un trabajito fácil y rápido que otros rechazarían.

—Si otros lo rechazarían… —vaciló.

—No temas, no hay peligro.

—Bueno, al grano, o vamos a hablar a otra parte, esto no me gusta.

—¿La taberna? —se rió sordamente y su rostro se deformo más.

Michael quería escrutarlo, pero había muy poca luz en aquel rincón.

—Si el antro donde tú vives es peor… ¿O es que como estás entre la misma especie de ratas no tienes miedo a ser mordido?

—Será por eso. Usted debe ser una rata diferente y no me gusta.

—Pero te gusta mi dinero, ¿eh? Cien libras, ¿no te brillan los ojos? Un par de horas de trabajo, no más, y sin riesgos, y serán tuyas.

—¿Cuál es el trabajo? No habrá que descuartizar gatos, ¿eh? Hay tipos con ideas muy extrañas.

—¿Descuartizar gatos? ¡Qué cosas más raras dices!

—No se ría. Hay quien quiere carne de gato para su perro si puede pagar el capricho como usted.

—No temas, no te voy a pedir que sacrifiques gatos.

—¿Entonces?

—Mira, muchacho, cuando empiece a contarte lo que deseo, no te pongas nervioso. Al principio te sonará un poco macabro, pero luego lo piensas y verás que hasta resulta divertido.

A Michael, la mención de la palabra macabro ya no le hizo demasiada gracia, pero si algo había en los bolsillos de su *blue-jeans* eran, precisamente, agujeros.

—Está bien, no crea que me va a asustar fácilmente. Si se trata de una especie de broma, no me importa si al final cobro.

—De eso no te preocupes, cobrarás.

El enigmático sujeto se inclinó hacia delante y escanció *whisky* en los dos vasos. Bebió el suyo por completo, chasqueó la lengua y confidencialmente comentó:

—Es bastante bueno para que lo tenga esa bruja. Bien, bien, te daré un plano, encontrarás la verja abierta.

—¿He de asaltar una casa? Le advierto que no soy ningún ladrón.

—No, no se trata de una casa, sino de un panteón.

—¿Panteón, ha dicho?

Se quedó más blanco de lo que ya era, cogió su *scotch*, se lo bebió de un trago y tosió.

El extraño personaje, sin dar importancia a la expresión del muchacho, prosiguió.

—Te llevarás una cuerda de *nylon*, arriba hay una argolla. La pasas por la argolla y sujetas la lápida también por su aro correspondiente. Haces un poco de fuerza y la sujetas a la propia verja, así no caerá. Después encontrarás…

—¿El ataúd?

—Exacto. Eso no puedo dejarlo abierto, no he conseguido sacar un molde de su cerradura, pero le pones un escoplo y la saltas. Será fácil si lo haces con destreza, pero no enciendas luces aunque sí puedes llevar una linterna.

—¿He de hacerlo de noche?

—No serás tan idiota de ir a asaltar un panteón en pleno día, ¿eh? A lo mejor, con ese pelo que te gastas, te tomaban por un querubín…

—Oiga, esta broma me parece muy estúpida.

—Si no es ninguna broma, es que quiero que, con mucho cuidado, quites la cabeza del muerto. Si todavía está unida al tronco, la separas con mucho cuidado. No le causes rasguños, que no se rompa entre tus manos ese preciado cráneo.

—¿Robar la cabeza de un muerto?

—¿Ves cómo es un asunto sencillo? Robar la cabeza de un vivo resultaría más difícil.

—Es usted muy socarrón. —Michael volvió a llenar el vaso de *scotch* y esta vez, fue él mismo quien escanció la bebida y dejó también lleno el vaso de su interlocutor—. ¿Para qué diablos quiere esa cabeza?

—Ya hace más de dos años que está en su sitio, de modo que no olerá mal. Si te has acostumbrado a las autopsias, sabrás contener un poco las náuseas.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Muchacho, yo no te voy a responder a nada. Te daré el mapa, en él encontrarás el lugar exacto, el nombre de la tumba y un teléfono para que me llames de madrugada. Entonces, te diré adónde debes dirigirte para traerme la calavera.

—¿Tan importante es para usted esa calavera?

—¡Chist, chist!, nada de preguntas… —le recordó—. Tú haces el trabajo y cobras, eso es todo. Vuelves a dejar el panteón cerrado y nadie sabrá nada, jamás; es muy fácil.

—¿Y cuándo he de hacer el trabajo?

—Mañana por la noche encontrarás la puerta oeste, entreabierta. El vigilante no te va a molestar, todo está previsto. Ahora, vámonos.

Michael se volvió a servir un *scotch* antes de abandonar la mesa y después se dirigieron hacia la salida. En forma muy maliciosa y ostensible, la tabernera deseó:

—¡Que aproveche!

Y soltó una fuerte carcajada que resonó en los oídos de Michael escandalosamente.

Michael no estaba muy convencido, todavía. Notaba el licor en su estómago, en su garganta y en todo el esófago. Afuera lloviznaba tenuemente y los faros de los automóviles barrían el asfalto mojado. No hacía frío, pero la humedad era intensa y se metía entre las ropas.

—¿Y el mapa? —preguntó Michael, de pronto, mientras se alejaba caminando junto a aquel sujeto que ni siquiera había dicho su nombre.

Un taxi aguardaba. El chófer había permanecido vigilando la puerta de la taberna y mostró una leve sonrisa al ver regresar a su cliente. Éste abrió la portezuela y sacó una caja de cartón y un sobre de plástico. Se volvió hacia Michael para decirle:

—Aquí tienes el mapa y la caja.

—¿Qué es esta caja?

—Espera… —Saco unos billetes, los mostró a Michael y luego los partió por la mitad.

—Toma… La otra mitad la recibirás cuando me traigas lo que quiero. Así no te podrás gastar mi dinero hasta que hayas hecho el trabajo.

Michael sé quedó mirando los billetes partidos. Después, con un suspiro hondo, que tenía mucho de desaliento, preguntó:

—¿Y la caja?

—No vas a dejar un esqueleto sin cabeza. Te llevas la auténtica, y dejas ésta en su lugar, así nunca se sospechará nada.

—¿Eso es una calavera?

—No te asustes, es de serie, bien hecha, pero de serie, para estudiantes y morbosos. Buenas noches y suerte.

Se metió en el taxi que se alejó del estacionamiento, perdiéndose en la noche mojada.

Michael, que debido a su cabello aún no había notado las gotas de lluvia sobre el cráneo, miró la caja, el dinero y luego la puerta de la taberna que acababa de abandonar. Parecía imposible que todo aquello pudiera suceder en el Londres moderno. Iba a convertirse en un ladrón de cadáveres o, cuando menos, de calaveras. ¿Estaría soñando, era todo aquello una pesadilla? ¿Le habían preparado un viaje sin él saberlo y le había sentado mal? ¿Qué explicación podía dar a todo?

Pasó un automóvil rápido, cogió de lleno un charco y le salpicó casi salvajemente.

—¡Maricoooooón!

# CAPÍTULO II

El ambiente de la Madriguera era denso. El humo del tabaco no permitía ver el techo, ya de por sí negro. No había ninguna luz blanca; las había rojas, verdes, azules y amarillas y en escasa cantidad, emanando de lámparas hechas por los mismos que frecuentaban aquella especie de club o antro juvenil.

Rasgueaban algunas guitarras con músicas distintas; cada cual tocaba lo que le apetecía, o expresaba a través de la música su momento emocional. En un rincón, un joven mezcla de razas tocaba un saxo tenor y nadie le decía si lo hacía bien o mal. Otros charlaban y la mayoría permanecían callados, como pensativos.

El bar estaba autogestionado por ellos mismos. Cada año, los socios de la Madriguera, que mantenían las reglas de legalidad para no ser desalojados, elegían a quien se fuera a encargar del bar y si lo hacía bien y no había pérdidas, era reelegido. Compraban al por mayor y como no había afán de lucro en el local, a todos les salía más barato acudir a la Madriguera que ir a otro club o *pub* y, encima, tenían completa libertad de acción y no había matones que vigilasen.

Si alguien se ponía tonto, los que se sentían molestados, al alimón, lo llevaban al lavabo donde había una ducha y lo remojaban hasta que el alborotador se calmaba.

—Juliet, tienes mala cara.

Xina, compañera de cuarto de Juliet se había sentado ante la mesa donde la joven alta y trigueña, de espesa cabellera, fumaba lánguidamente, casi ausente.

—¿No tenías plan para esta noche, Xina?

—Sí y tú vienes conmigo.

—¿Yo contigo? ¡Oh, no! Me quedo aquí.

—Ni hablar, Paul no va a venir esta noche, ¿para qué le vas a esperar? No seas tonta y diviértete.

—¿Divertirme? Oye, no me estarás proponiendo un *ménage á trois*, ¿eh?

—No, cuando me acuesto con un chico quiero hacerlo a solas con él, ya me conoces.

—Sí, ya te conozco.

Volvió a llevar el cigarrillo a sus labios y aspiró, más por pose que con verdaderas ganas de llenar sus jóvenes pulmones de humo de tabaco.

—Anda, si tienes que irte ya puedes hacerlo.

—No, Juliet, tú te vienes conmigo. Si te pasas el tiempo aquí, te veo mal. A ti te interesa Paul, ya lo sé, pero Paul está preocupado sólo de lo suyo.

—Sí, quiere ser médico.

—Y lo será, no le pasa como a Michael, que a lo máximo que llegará es a camillero, pero esta noche tiene algo divertido.

—No me digas.

—Somos un grupo.

—¿Quiénes?

—Pues, Michael. Taffy, tú y yo.

—Vaya, aparejados.

—¡Oh, no! Bob también vendrá, ya no me acordaba.

—¿Y adónde queréis ir a fastidiar? Hace una mala noche.

—Ya no llueve. Será una noche a lo grande y, al final, premio.

—Oye, Xina, tú quieres liarme en algo, ¿verdad?

—Tonta, te propongo una noche de diversión. Si estuviera aquí Paul, te dejaría en paz, no te diría nada, pero Paul no está. Michael me ha dicho que se ha quedado en el hospital para ayudar a no sé quién en unos ficheros; hace méritos, ya sabes.

—Lo que hace es aprender.

—Claro, como que es un empollón.

—También sabe divertirse.

—Pero tú quisieras que viniera aquí cada noche como Michael.

—Está bien, está bien, no saques más argumentos para convencerme; pero dime cuál es el plan.

—Ni yo misma lo sé, pero será divertido. Cuando él y Taffy me lo contaban no cesaban de reírse.

—Taffy es temible, el más guasón de todos; no me fío ni un pelo de él.

—No es malo.

—Malo, no, pero si te convierte en blanco de una broma andas lista.

—No temas, el asunto no va por ti; ni siquiera saben que te estoy proponiendo que nos acompañes. Verás, es que ellos son tres y yo no quiero ir sola. ¿Me acompañarás?

—Ahora hablas más claro, la que tienes miedo eres tú. Tres muchachos y tú sólita… Bien, por lo menos te habrán dicho cuál es el premio.

—Un desayuno por todo lo alto en Piccadilly Circus: Naranjada española, huevos, bacón, jamón, todo lo que pidas…

—¿Y quién va a pagar?

—Secreto, secreto, pero nosotras estamos invitadas.

—¿Y la juerga va a durar toda la noche?

—Sí.

—¿Terminaremos en la comisaría de policía?

—No creo.

—Está bien, ¡viva la libertad! ¿Para que seguir aburriéndome, cuando estoy abandonada por mi amado y no tengo ni un penique para comprarme pintura conque expresar las emociones de mi espíritu sobre la insípida, estéril y obsesiva tela blanca?

—¡Caramba, chica! Y ¿en vez de pintar, por qué no te dedicas al café-teatro? Con tu estatura y tu cuerpo saldrías de penas.

—Desvaríos que tiene una a veces, cuando ser o no ser: *that is the question*. Vamos, os acompaño; espero a no ver amanecer en una comisaría de policía.

—Lo verás en el mejor lugar de Piccadilly Circus —se rió Xina.

Juliet abandonó la mesa. Allí no había que dejar propinas, se pagaba por adelantado y se recogía la consumición en el propio mostrador. El club se transformaba así en un *self-service* para sus socios, sólo que en cuanto a comidas, lo único que se servía era bocadillos de queso o jamón de York y no precisamente de la mejor calidad, nada más, pero bastaba para dejar los estómagos un poco tranquilos.

Juliet, al lado de su amiga, resultaba muy alta. No es que Xina fuera bajita, pero sí de estatura media tirando a baja. Tenía el

cabello negro, lacio y largo y, en conjunto, era muy hermosa, pero Juliet llamaba más la atención. Alta, trigueña, de caminar y gestos elegantes de su natural, sin forzar ninguno de ellos.

Se reunieron en torno a un «Mini» de color verde y capota blanca. Lo cierto era que el automóvil llevaba sobre su plancha muchas pintadas de *spray* de diversos colores que no estaban allí por acción gratuita sino para ocultar las rápidas oxidaciones que el pequeño coche sufría a causa de las rascadas con que lo torturaban.

Con mucho cuidado, Taffy guardó su saxo tenor dentro del maletín correspondiente y lo colocó en el minúsculo portaequipajes posterior del auto, lugar donde Michael también dejó una caja de cartón.

—¿Ya estamos todos? —preguntó Taffy.

—Yo quiero sentarme delante —dijo Bob, alto y grueso, de labios excesivamente grandes. Cuando no estaba comiendo caramelos, se lamía el pulgar de la zurda hasta dejarlo rugoso.

—Tú te sentarás atrás —replicó Taffy que era el conductor.

—Yo me pondré delante para dirigir la operación —dijo Michael —. Muchachos, vamos a acometer la operación Cambie. Os gustará, ¡je, je, seguro!; es de risa.

—Michael, tú atrás, que con tu melena no me dejas ver por la ventanilla del lado. Delante que se siente Juliet.

Xina se colocó en el asiento posterior, en un lado. El grandullón de Bob empujó a Michael embutiéndolo dentro del coche y después pasó él, medio sentándose sobre Michael que protestó.

—¡Vas a romperme una pierna!

—¿Adónde vamos? —preguntó Bob que, removiendo sus nalgas, logró quedar encajado en el asiento.

—Eso me pregunto yo —objetó Juliet sentándose junto al conductor de piel cetrina. Algunos de sus rasgos eran obviamente orientales, aunque su aspecto general fuera europeo.

—Es una operación de las más divertidas —aprobó Taffy—. Cuando Michael me la contó, le dije enseguida: Cuenta conmigo y con mi «Mini». Lo vamos a pasar en grande.

—Si la operación sale bien, yo pediré lo que quiera en el *snack* —advirtió el grandullón de Bob.

El coche arrancó, barriendo con sus faros la calle húmeda pese a que no llovía. Taffy sabía bien hacia dónde debía dirigirse; sólo él y

Michael conocían la naturaleza de la operación Cambio; los demás se dejaban llevar.

Juliet no escuchaba la palabrería de Michael que pretendía ser el eje de la reunión rodante. A Xina no le desagradaba Michael del todo, pero Juliet sabía que su compañera no se dedicaba exclusivamente a Michael. Xina deseaba seguir libre, pero no pasar carestía en cuanto a relaciones hombre-mujer. Era su vida y Juliet aceptaba su modo de ser sin pretender darle consejos. Pensaban diferente, mas eso no era óbice para que fueran excelentes amigas.

El «Mini» salió de la City en dirección oeste. Taffy miraba de reojo, de cuando en cuando, a Juliet hasta que al fin se decidió a preguntar:

—¿Y dónde está tu Paul?

—¿Mi Paul? —sonrió—. Paul quiere ser algo y lo será, no le pasará como a nosotros. Yo pinto y no vendo una tela.

—Sí que vendes, Juliet.

—¡Ah, sí! A un marchante que distribuye telas con firmas apócrifas por las casas de muebles para que las amas de casa puedan comprar un paisaje o un bodegón para su saloncito y decir que es, muy lindo y que ellas entienden de arte.

—Y se venden a peso —se rió Michael, pero se rió en exceso y los demás quedaron serios.

—Bueno, no es para tanto. Yo estudio Medicina y alguien me dijo ayer que podía llegar a camillero, si me esforzaba.

—Yo no tengo problemas. Cuando mi padre se convenza de que no soy la esencia de la familia, me pondré a vender medicamentos en su droguería. Voy a parecer todo un señor con mi impecable bata blanca.

—Yo seré músico…

Siguieron hablando de cosas intrascendentes. Parecía como si lo mismo Taffy que Michael prefiriesen no decir nada sobre lo que iban a realizar, hasta que llegara el momento del efecto sorpresivo.

Faltaba poco para que llevaran una hora de viaje cuando se metieron por una calle solitaria, o también podía ser una pequeña carretera. A un lado había la oscuridad de la arboleda de un parque y al otro, un muro que se prolongaba cubierto de abundantes hiedras. Nadie por la estrecha acera y, de trecho en trecho, alguna farola.

Taffy se salió de la calzada. Subió a la acera y se metió en la arboleda abierta. Detuvo el pequeño coche cerrando sus luces.

—¿Es aquí? —preguntó Xina.

—Sí —respondió Michael—. Hemos llegado.

Juliet salió al exterior y bajo sus mocasines, notó la tierra húmeda. Olía bien y hacía frío.

—Es una noche agradable para pasear —opinó, llenando sus Jóvenes pulmones de aire fresco.

—¿Nos vamos a pasar la noche paseando por este bosque? —preguntó Xina alarmada, como si fuera a caer en una trampa idiota.

—No, no vamos al bosque sino al otro lado —dijo Taffy triunfante, como si fuera él y no Michael quien llevara adelante la posible diversión de la noche.

Todos miraron hacia el muro que apenas se veía desde aquel lugar, porque la farola más cercana quedaba lejos, un muro húmedo que rezumaba agua como todo allí por aquellos días, un muro recubierto de hiedra que semejaba querer escapar de su encierro, del otro lado, como miríadas de patas.

—¿Y qué hay detrás del muro? —Inquirió Xina, apartando sus cabellos negros para que no le estorbaran la visión.

La boca de Michael rompió a reír y sacudió su enorme cabellera rizada y rubia que le hacía visible casi a cualquier distancia.

—Es un cementerio, ¿qué importa cuál? Un cementerio…

Siguió riendo; en realidad, deseaba quitar hierro a la situación. Bob, Xina y Juliet no sabían nada del asunto y podían reaccionar mal ante lo que les esperaba. Era preferible tomárselo todo a broma y evitar posibles roces.

—Oye, Michael, ¿qué morbo te traes entre ceja y ceja? —inquirió Xina sin contagiarse de su hilaridad; se había molestado.

—Nada, es una broma, sólo eso, una broma.

—Vamos, vamos, veréis cómo nos divertimos. ¿No os aburríais en la Madriguera? Pues ahora, a divertirnos. —Taffy comenzó a silbar, colocándose tras el «Mini» para abrir el portaequipajes.

—No irás a tocar el saxo en el cementerio —rezongó Bob, que movía su voluminosa humanidad a derecha e izquierda como oscilan los elefantes, en vaivén, sin desplazarse del sitio en que se les exige que permanezcan quietos.

—¡Eh, Michael, toma las cuerdas! Yo llevaré la caja.

—Como quieras, Taffy —dijo Michael, recogiendo las cuerdas. Desplegó un mapa que escrutó bajo el foco de una pequeña linterna que llevaba consigo.

—Pero ¿vamos a escalar el muro? —se sorprendió Juliet, observando que era alto y siniestro.

Taffy cerró el portaequipajes tras coger la caja de cartón y dijo:

—Vamos ya.

—¿De veras será divertido? —interrogó Bob, bastante dubitativo.

—Yo no quiero entrar en el cementerio de noche —protestó Xina, defraudada y molesta.

Michael, sin dar mayor importancia a su queja, propuso:

—Si tienes miedo, espéranos aquí.

—¿Sola? —Miró rápida a Juliet y preguntó—: ¿Tú vas con ellos?

—Sí, ¿por qué no? Puede ser interesante pasear por el cementerio de noche, no se me había ocurrido nunca.

—Ten cuidado, Juliet. Ésos son capaces de celebrar una ceremonia satánica ahí dentro.

—No creo que lleguen a tanto. ¡Eh, chicos! ¿Sois prosélitos de Satán?

Taffy se rió.

—¿Prosélitos de Satán? Unos guasones es lo que somos.

—Ya has oído, sólo se trata de divertirse un poco.

—¿Con los muertos? —preguntó Xina que seguía mirando con mucho recelo, incluso con temor.

—Vamos, que se hace tarde y la noche va a ser larga —indicó Michael.

Taffy se acercó a Xina y Juliet también pudo oír sus palabras, pese a que el joven habló en voz baja.

—El asunto se lo ha propuesto a Michael el tipo que llamó por teléfono; tú misma cogiste el encargo. Xina, ¿te acuerdas?

—¿El que preguntaba por Paul?

—Sí.

—¿Qué pasa con Paul? —preguntó Juliet acercándose más.

—Nada —replicó Taffy, quitándole importancia— sólo que Michael tenía miedo de entrar ahí y se ha buscado compañía, por eso estamos todos aquí. En realidad tenía un miedo que le hacía tiritar, pero cuando me explicó el asunto le dije que no se

preocupara, que iríamos en grupo y asunto concluido, pero luego nos ha de invitar a todos en Piccadilly Circus.

Se iban a alejar cuando Xina, al ver que Juliet no se quedaba junto al coche, echó a correr cruzando la calzada.

—¡Esperad, voy con vosotros!

—El miedo, el miedo a los cementerios —se burló Taffy que, según las situaciones, basculaba entre la cultura y la filosofía oriental y la occidental.

Él mismo era una extraña mezcla de sangres que podía deparar sorprendentes reacciones.

Avanzaron junto al muro, en silencio. Bob cerraba la marcha y había comenzado a chuparse el pulgar zurdo, aunque hubiera preferido tener a su alcance una bolsa de pirulís.

Michael se detuvo junto a una puerta de hierro pintada de negro, más bien pequeña. Todos se le acercaron, rodeándole.

—¿Está abierta? —inquirió Juliet.

Michael, con cierto temor, empujó y la puerta cedió. Michael siguió empujando hasta abrirla del todo y ni siquiera gruñó ni chirrió.

—Caramba, parece que la han engrasado —rezongó Taffy.

Bob opinó:

—Con un *spray* lubricante de esos que venden para coches, es fácil. Se dirige hacia los goznes y ptsssss, ya está.

Hizo gestos como si estuviera dirigiendo el *spray* sobre los propios goznes y luego, los olfateó.

Michael ya se había introducido en el recinto del cementerio y escrutaba a un lado y a otro, con interés y algo de temor.

Taffy, siempre situado en reserva, se encargó de ajustar la puerta para que desde el exterior no se viera abierta por si junto al muro pasaba algún coche policial.

—Seguidme o nos perderemos.

Michael encabezó el grupo que se adentró en el camposanto.

De inmediato vieron las tumbas. Las había de las más diversas formas y estilos, pero todas aparecían lúgubres, siniestras entre las tinieblas, apenas visibles y mojadas. Aquí y allá se alzaban esbeltos cipreses e, incluso, como emergiendo del suelo en gran parte cubierto de hierba, parecía subir una tenue neblina que si no volvía a llover se haría más algodonada y densa, como si las esencias de

los muertos escaparan de sus tumbas para entremezclarse, formando una sustancia común.

—No me gusta estar aquí.

—Pues tú has sido la que me has traído —le replicó Juliet en voz baja, como temiendo ser oída.

—¡Callaos! —pidió Michael.

—Aunque no os lo creáis, es la primera vez que piso un cementerio —confesó Bob, que cerraba la cola—, y es igual que en las películas de terror.

—¡Uy, qué miedo! —se burló Taffy, el más seguro, el más socarrón del grupo. Él llevaba la caja cuyo contenido no había mostrado, aún, a los demás.

Aparecieron unos panteones pequeños y otros más grandes, en piedra, algunos con enrejados muy retorcidos y oxidados.

—Pero ¿qué vamos a hacer aquí; qué buscáis? —insistía Xina desasosegada, mirando a un lado y a otro.

Era evidente que le molestaba estar allí. Se había equivocado de lleno, al suponer que aquello sería una salida nocturna divertida. Un cementerio no resultaba el lugar más idóneo para pasar una noche oscura y húmeda, aunque la suerte les estaba favoreciendo y no llovía en aquellos momentos, claro que el agua podía no sólo verse y tocarse sino hasta oírse, cayendo a gotas de las ramas de los árboles y desde los aleros e algunos panteones.

En aquel momento, Xina pensó en su cama del habitáculo que compartía con Juliet y la añoró desesperadamente.

—Bueno, ahora torceremos por esta calle. Es el tercer panteón, lo dice el mapa.

—¿No nos descubrirá nadie? —preguntó Juliet.

—Si aparece el vigilante se va a caer sentado del susto, pensará que somos espíritus en pena que vagamos entre las tumbas.

Xina gruñó:

—Unos gamberros pensará que somos, y llamará a la policía de inmediato.

—¡Eh, ya lo he encontrado! Es ése —señaló Michael con la luz de la linterna.

—¿Y qué le pasa a ese panteón? —preguntó Juliet.

Michael, acercándose a la puerta enrejada, exclamó triunfal:

—¡Es nuestro objetivo!

—Veréis qué divertido —dijo Taffy.

—Yo no le veo la gracia. ¿Hay alguien dentro?

—¡Un muertooooo! —bromeó Taffy oscureciendo su voz.

—¿Y quién es el muerto? —interrogó Juliet.

—Ahora lo veremos —repuso Michael, enfocando las inscripciones del panteón.

Juliet leyó:

—Horacio Conwell Harrison, *Night Devil*, Diablo de la Noche… ¡Si era un famoso prestidigitador que trabajaba en teatros y *cabarets*!

—Es cierto, oí hablar de él, pero hacía ya tiempo que no actuaba —asintió Xina.

—Es verdad. El Diablo de la Noche el mejor maco de los escenarios y con posibilidades de ser contratado por particulares, ansiosos de maravillarse con sus extraños y sorprendentes espectáculos.

—¿Tú lo conociste, Taffy? —preguntó Michael.

—No, pero oí hablar mucho de él. Hace algún tiempo que murió. Fue un tipo importante, paseo su arte por todo el mundo, aunque en los últimos años se le tenía olvidado.

—Por la diferencia de fechas, hace casi dos años que murió —calculó Juliet.

—Y seguramente, olvidado de todos —comentó Xina.

—De todos, no. Por lo menos hay alguien que está muy interesado por él —puntualizó Michael, empujando la verja que cedió.

Sólo había una tumba, centrada en el pequeño panteón. Era como si el enigmático mago apodado el Diablo de la Noche jamás hubiera tenido familia; un panteón para él solo, ni ascendencia ni descendencia, como maldito allí dentro.

Había algunos cincelados extraños y cabalísticos en las piedras, incomprensibles para ellos, y ningún símbolo religioso, siempre pensando en religiones conocidas.

El olor a humedad se acentuaba allí dentro. El espacio no era grande puesto que el panteón resultaba pequeño, pero Horacio Conwell debía haber dejado bastante dinero para su construcción o bien lo había mandado edificar en vida. De lo que no cabía duda era que habría sido muy costoso por los valiosos materiales

empleados, mármoles y granitos, de tonos oscuros, cuidadosamente cincelados.

Había algo latente en aquel panteón que les aislaba del resto del cementerio, como un flujo espiritual que se mantenía vivo y que lodos captaron, pese a que ninguno lo mencionó.

—¿De verdad era bueno como mago, este tipo? —preguntó Bob mirando hacia la tumba por encima de la cabeza morena de Xina.

Nadie respondió. Michael lo ojeaba todo con ayuda de su linterna, la única luz de que disponían.

—Mira, Taffy, arriba está la argolla.

—Pues, sube, ¿a qué esperas? —respondió el aludido.

Michael trepó sobre el sepulcro. Juliet sintió un escalofrío que achacó a la humedad reinante.

—No me gusta esto —insistió Xina.

—Si no quieres callarte, sal afuera —le replicó Michael que palpaba el aro del techo y giraba de él como midiendo su resistencia.

Xina dio un paso hacia el exterior. Todo era tinieblas entre las que emergían las fantasmales tumbas. Tuvo la impresión de que había ojos que la vigilaban y retrocedió su paso, acercándose de nuevo a sus amigos.

—Vamos, Taffy, ata la cuerda. Luego, entre todos, la levantaremos.

—Esto es una profanación de tumba —protestó Juliet—. No es legal ni es bueno.

—Las mujeres siempre gruñendo —rezongó Michael, mientras pasaba la cuerda por el aro del techo del panteón y Taffy se apresuraba a atar las argollas de la lápida.

—Bob, tú que eres el fuerte, hala de la cuerda.

Bob se dispuso al trabajo y entre los tres hombres comenzaron a mover la lápida que en principio se resistía, pero luego cedió.

—Nos vamos a condenar, por profanar una tumba —continuó quejándose Juliet—. Si lo llego a saber, no vengo.

Xina se lamentó por enésima vez.

—Yo no conocía esta gamberrada, parecemos ladrones de cadáveres, ¡qué horror!

Consiguieron levantar la lápida y hacerla resbalar hasta el suelo, dejándola inclinada.

Taffy silbó, admirativo. El ataúd, en madera negra, se veía muy lujoso y carecía de cruces.

—Seguro que los herrajes son de plata —comentó.

—Si robáis, os denuncio a la policía —advirtió Juliet resuelta.

—No le apures, somos un poco gamberros, pero no unos ladrones —la apaciguó Michael, comenzando a hurgar en la cerradura del féretro con la palanqueta que llevaba.

—Pero ¿qué pretendéis? ¡Dejad a este hombre descansar en paz! —pidió Xina.

Taffy seguía mirando el ataúd en cuya tapa sólo había la palabra compuesta de *Night Devil*.

—La condenada se resiste —jadeó Michael.

—¿La tienes bien colocada? —le preguntó Taffy.

—¿El qué?

—La palanca, idiota, esto no es un burdel.

—Ya, es un panteón. No se abre…

—Esto es una porquería —protestó Juliet.

Xina ansiaba marcharse, pero no se atrevía a abandonar sola el panteón. Si allí dentro había un muerto, afuera los había a millares.

—Tú, Bob, haz fuerza.

—Déjame —pidió el grandullón.

Con la palanca hizo saltar, al fin, la cerradura, y la lapa gruñó siniestra.

—Ya está.

—Todavía no —le puntualizó Taffy.

—¿Qué falta?

—Levantar la tapa.

—Pues, ¿a qué esperas?

—Levántala tú; tú eres el jefe en este negocio.

Se produjo un momento de gran tensión. Había que alzar la tapa que ya no ejercía resistencia, pero todos sabían que lo que iba a aparecer no sería en absoluto agradable a la vista. Se había bromeado mucho hasta aquel instante, pero había llegado el momento de la verdad, el más duro de la noche.

—¿La levanto yo? —preguntó Bob.

—Sí —le pidió Michael, tragando saliva. Pese a haber visto varias autopsias, aquello no le gustaba.

—Pero ¿qué esperáis encontrar ahí? —inquirió Juliet, ya muy

nerviosa. Ansiaba estar lejos de allí, entre los árboles del otro lado de la carretera y fumarse un cigarrillo que la sosegara.

—Vamos, Bob, ¿a qué esperas?

El grandullón de Bob alzó la tapa, la tensión estaba al máximo.

El ambiente bromista y desenfadado se había disuelto entre las tinieblas del cementerio. Michael se daba cuenta de ello y ya lo había intuido, por eso se había confesado a Taffy para que le ayudara y éste, incluso le había propuesto que fueran más, en grupo, así todo saldría mejor.

No obstante, todos se hallaban a disgusto, era cierto que estaban profanando una tumba, turbando el descanso, más allá de la muerte, de un desconocido, alguien que no habla nunca alterado sus vidas.

Bob levantó la tapa y en aquel preciso instante se produjo un relámpago seguido de un gran trueno que hizo temblar los cimientos del panteón y cegó sus ojos.

Juliet se había vuelto contra la pared y Xina hacia el exterior. Bob quedó como petrificado, él fue el primero en ver los restos, los despojos de aquel ser que en vida había sido tan aplaudido por sus sorprendentes poderes de mago. Michael tenía la linterna en la mano y su luz enfocaba al techo. Taffy rompió el silencio humano diciendo:

—Sólo ha sido un rayo que ha caído cerca. Parece que vuelve a llover.

—No llueve —rectificó Xina, encarada con el exterior que volvía a ser todo tinieblas.

—Pues no tardará en volver a llover si había un relámpago —replicó Taffy, mientras Michael descendía la linterna lentamente, con temor de llegar a su objetivo. Al fin, el foco se posó en el interior del ataúd y en su contenido.

Horacio Conwell Harrison, más conocido en todo el mundo por el seudónimo del Diablo de la Noche, había sido conducido a su última morada vestido de *smoking* y con una capa de terciopelo negro por fuera y rojo por dentro. El forro del interior del féretro era de seda blanca, pero el tiempo había pasado por allí inexorablemente. Las manos cruzadas sobre el plexo solar estaban esqueléticas, todavía recubiertas por un pellejo reseco que se resistía a desaparecer.

Su cabeza estaba como momificada, con la piel pegada a la calavera, la boca entreabierta mostrando una oscuridad interior como una risa del averno. La nariz estaba casi hundida, faltaba en parte y las cuencas de los ojos, vacías como todo el interior del cráneo recubierto de piel amarillo-grisácea en la que quedaban prendidos muchos cabellos largos y canosos.

—Nos volvemos muy feos con el tiempo, ¿verdad?

Nadie respondió a la observación de Michael.

—Ya habéis profanado su tumba, ya le habéis visto. Ahora, cerrad y vámonos, pero os juro que esto de divertido no tiene nada —les recriminó Juliet.

—Taffy, hazlo tú.

—¿Yo? No, no, el que estudia para diseccionar cadáveres eres tú. A lo mejor, algún día eres un ayudante de ésos, porque a médico seguro que no llegas.

—Idiota…

—Conque idiota, ¿eh? Bueno, si no llegas a diseccionar personas siempre puedes emprenderla con animales.

—Bob, ¿qué te pasa? —preguntó Juliet, al observar que su compañero temblaba ostensiblemente.

—No me gusta, me parece que esa momia me ha mirado.

—¿Mirado? ¡Si no tiene ojos! Todos, aquí, sois un atajos de idiotas; esto lo arreglo yo enseguida. Aguanta la linterna, Taffy.

—Con mucho gusto.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Xina muy nerviosa.

—Mirad hacia la pared, es lo mejor; enseguida terminamos —les dijo Taffy.

La linterna iluminó aquel rostro momificado. Cuando Michael introdujo las manos en el ataúd y cogió la cabeza casi con un arrebato, le temblaron los dedos y sintió las plantas de los pies mojadas. Después, sacudió la cabeza para desprenderla del tronco.

—No quiere salir —gruñó Taffy.

—¡Cállate!

Michael sacó una navaja de su bolsillo. Desnudó su hoja y la pasó por el cuello de los despojos humanos.

—Michael, te está mirando —balbució Bob.

Michael soltó la cabeza con verdadero miedo. Sudaba y no hacía calor para ello.

—¡Michael, no sigas con eso, no sigas!

—¡Cállate. Juliet! —exigió Taffy—. Sólo es un cadáver, nada más.

Michael respiró hondo. Hinchó sus pulmones de aire y, con la navaja, cortó la piel que unía la cabeza al tronco. Levantó con sus manos la calavera a la que seguían adheridos los blancos cabellos, sacándola del ataúd.

—Taffy, si llego a venir solo, te juro, te juro —repitió— que no lo hago.

—Anda, déjate de bobadas.

—¡Qué horror! —gimió Xina, tapándose la cara.

Bob comentó:

—Mejor estaríamos en un salón de *strip-tease*.

—No pretenderéis llevaros la cabeza de ese ser, ¿verdad? —preguntó Juliet conteniendo su asco y su angustia.

—No te apures —objetó Taffy con sarcasmo—. Traemos una de repuesto, nadie se dará cuenta. Si algún día abren el ataúd encontrarán la calavera en su sitio, como es de rigor.

—¿De dónde habéis sacado la otra? —inquirió Juliet asombrada, mirando la calavera que Taffy acababa de sacar de la caja y que iluminaba con la linterna que él mismo sostenía.

—Como ésta las hacen a cientos para estudiantes y morbosos, es sintética pero aquí dentro nadie va a notarlo.

Colocó ceremoniosamente la falsa calavera sobre el hueco dejado en la almohada por la cabeza momificada por el tiempo de Horacio Conwell Harrison, más conocido por el Diablo de la Noche.

—Te está mirando —repitió Bob, a Michael, que seguía sosteniendo la calavera.

—¡Noooo!

Michael giró el rostro, horrorizado; también él tuvo la impresión de que I3 cabeza que acababa de desprender del cuerpo al que pertenecía le estaba observando desde lo más profundo de sus cuencas vacías donde semejaban brillar unos puntitos casi imperceptibles de luz rojiza.

Taffy le mostró la caja y Michael se apresuró a dejar caer la calavera dentro.

—¡Cierra, aprisa!

—¿Tienes miedo que salte y te muerda en una mano? —se rió

Taffy.

—¿Por qué estáis llevando a cabo esta porquería, este sacrilegio, esta profanación?

Nadie respondió a la pregunta de Juliet y Taffy pidió a Bob:

—Arriba con la lápida.

Michael cerró el ataúd y después izaron la lápida. Bob sostenía la cuerda y Taffy y Michael, a un lado y a otro de la tumba, cuidaron de que la lápida encajara en su lugar correspondiente.

—Ya está, quitad la cuerda —indicó Taffy.

—Vámonos, vámonos —pidió Michael que estaba demudado. Tenía una sensación muy rara en las manos, sobre todo en los dedos. Le escocían, como después de tocar algo corrosivo que hubiera afectado la piel, la carne, los nervios.

—¿Ya está todo? —preguntó Bob.

—Esto no acaba así, ya fu veréis.

—Calla, Xina, no seas agorera —le pidió Michael.

—Estás sucio, Michael, estás sucio.

—Déjate de bobadas y vámonos.

Cerraron la verja del panteón y, ya en el exterior, anduvieron rápidos en busca de la puerta que les pondría al otro lado del muro.

Xina tenía la impresión de que muchas manos iban a surgir entre las lápidas tratando de sujetarles por los pies. Eran unos ladrones que se llevaban algo que pertenecía a la ciudad de los muertos. Xina no cesaba de mirar a un lado y a otro temiendo algo fantástico y desagradable.

—Xina.

—¡Ah!

—No temas, soy Juliet —le dijo, caminando por un lugar donde la oscuridad era casi total.

—No me toques por sorpresa, tengo miedo —confesó temblando.

—Yo también. Me da la impresión de que alguien nos está vigilando entre las tumbas.

—Esta jugada me la van a pagar.

—Sólo faltaría que ahora estuviera la puerta cerrada.

—No digas idioteces, Taffy —gruñó Michael que había cambiado mucho desde su llegada al cementerio para robar la cabeza momificada de una sepultura.

La puerta se hallaba entreabierta. Salieron al exterior, cruzaron

la calzada y corrieron hacia el «Mini».

—Subid al coche mientras guardo la caja —indicó Taffy, colocándose en la parte posterior del pequeño automóvil.

—Tendría que denunciaros a la policía por lo que habéis hecho —dijo Juliet, malhumorada y desasosegada.

—Tú también estabas con nosotros —le advirtió Michael, acornándose, ahora, junto al conductor.

—¡Vamos, Taffy!

—¡Ya voy!

Taffy subió al coche y éste regresó al asfalto, alejándose junto al muro del cementerio.

—Cuando veas una cabina de teléfono, para —pidió Michael.

—Sí, claro.

Taffy era el único que no parecía afectado por la situación; sin embargo, conducía con exceso de velocidad y gran temeridad. En varias ocasiones estuvieron a punto de colisionar con otros vehículos. Chirriaron los frenos y el vehículo se desplazó en más de una ocasión de forma incontrolada sobre el asfalto. Era como si dentro de él llevaran algo que lo perturbara.

—¡Para, para, ahí hay una cabina! —gritó Michael.

# CAPÍTULO III

Una gran sensación de ahogo la inundaba. Juliet abría su boca de labios sensuales y carnosos buscando aire, un aire que parecía no existir en su entorno o que sus pulmones se negaban a aspirar; más su sangre joven reclamaba aire, aire para la vida porque se asfixiaba.

Entre las tinieblas más impenetrables surgió la calavera del Diablo de la Moche, aquella cabeza que aún tenía grandes fragmentos de piel grisáceo-amarillenta adherida a los huesos, mostrando la boca entreabierta en una patética sonrisa que semejaba la puerta del averno.

Las cuencas de los ojos estaban vacías; sin embargo, semejaba tener unas diminutas y profundas luces rojizas en su interior. Aquella calavera aún tenía pegada gran parte de una cabellera larga y blanca, cabellos muertos que parecían flotar en el aire como si la cabeza se hallara sumergida en el agua dentro de un gran frasco de cristal transparente, a través del cual la miraba y movía la boca para decirle algo.

—¡No, no, noooo!

—Tranquila, tranquila.

Juliet se incorporó bruscamente en el lecho y se abrazó al hombre que le pedía calma mientras le acariciaba los cabellos y la espalda, como si la joven fuera una gatita asustada.

—¡Paul, Paul!

—Vamos, vamos, estabas en una pesadilla.

—¿Una pesadilla? ¡Ah, sí, sí, una pesadilla! —asintió mirando en derredor.

Había luz, pero escasa, sólo la que se filtraba a través de las gruesas cortinas que cubrían la ventana de la habitación equipada

con dos camas.

—Estás sudada.

—Paul, ¿hace mucho que has llegado?

—No, ha sido ahora mismo y por lo visto, he llegado a tiempo. Sufrías una pesadilla, te he llamado y de pronto te has incorporado y abrazado a mí. ¿Qué soñabas?

—No, no estoy segura… ¿Cómo has entrado?

—Xina me abrió la puerta.

—¿Dónde está Xina, en el aseo?

—No, ella se marchaba cuando yo he llegado. Parecía tener mucha prisa y tenía aspecto preocupado. ¿Qué os pasa a las dos?

Juliet se separó un poco del hombre y lo miró de cerca, a los ojos.

Paul era mayor que la muchacha, aunque también joven como ella. Tenía seguridad en su mirada, en su rostro, en sus manos. Paul era alto, de cabello castaño claro con bigote y barba del mismo color y sus ojos tenían un tinte pardo rojizo.

Era atlético y pertenecía al equipo de *rugby* de la Universidad. Era un hombre que había escogido un camino porque sabía lo que deseaba y seguía firmemente por él, aunque no por ello dejaba de vivir la vida al margen de la Universidad. Le agradaban las tertulias, especialmente con personas que no estudiaran lo mismo que él para así poder oír otros puntos de vista y conocer todo aquello que él, en su carrera universitaria, no habría de aprender.

Al margen de sus estudios, lo que más le atraía era la compañía de Juliet, soñadora, moderna, alta, elegante y artista por todos sus poros, pero Juliet no poseía la seguridad de Paul. En ella, los estados emocionales eran muchísimo más variables. No era raro que sufriera alguna depresión y, por contra, otro día podía aparecer en alguna tertulia con una jovialidad y simpatía excepcionales con las que se ganaba a todos.

—Paul, ¿por qué no viniste ayer noche?

—Te lo dije. El profesor me pidió que le ayudara y no es que trate de ganarme su confianza ni que intente cepillarle, es que me parecía interesante el trabajo. ¿Sabes?, en ocasiones envidio a las enfermeras que pueden entrar en un quirófano y ayudar a médicos eminentes; sólo mirando se puede aprender mucho de ellos. Ahora sólo soy un estudiante y allí donde pueda meter mis narices para

aprender, no dudes que las meteré. No quiero que llegue el día en que me entreguen el título de doctor en Medicina y apenas sepa lo que dicen los libros, quiero práctica.

—Todos adquieren la práctica como internos en los hospitales, después de su doctorado.

—Sí, y yo también lo haré así, pero cuanto más lleve sabido, mejor responderé después. Me causa cierta impresión pensar que la vida de los pacientes que confíen en mi quedara bajo mi responsabilidad y que un error mío puede costarles muy caro a ellos. Y no me digas que a otros médicos eso no les importa mientras el error no llegue a ser conocido, yo jamás seré así, tengo una conciencia.

—Muy bien, Paul. Si les explicas a tus profesores todo lo que me has dicho a mí y con ese entusiasmo, seguro que te dan el doctorado con *cum laude*, pero es que yo no te pedía que te excusaras.

—¿Ah, no? Por lo visto mi especialidad no ha de ser la psicología.

—Paul, mi pregunta es un lamento.

Volvió a abrazarle como buscando su calor, su fuerza, la energía que emanaba de él. Notó que Paul le acariciaba los cabellos sedosos y sueltos y que al acariciarle la espalda introducía la mano por el interior del camisón. Ella se estremeció de placer, semicerrando los párpados.

—Anda, explícale a tu Paul lo que te sucede hoy —le pidió con su voz viril y fuerte, pero casi con un ronroneo sensual.

—Paul, tú tienes mucha psicología; lo que sucede es que yo estoy molesta, confundida, me siento sucia.

—¿Sucia? ¿Acaso has querido probar con otro para compararlo conmigo? Sé sincera.

—No, Paul, no se trata de eso. Sabes que no podría cambiarte por otro, te amo, me pareces el hombre más maravilloso del mundo, pero me dejas sola y entonces…

—¿Qué?

—Paul, estaba aburrida en la Madriguera y Xina me propuso una especie de escapada.

—¿Y fuiste con ella?

—No.

—¿Adónde te llevó, drogas?

—No.

—¿Me lo prometes? Ya sabes que quien entra en el mundo de las drogas tiene muchos problemas para volver a salir de su poder. Los drogadictos se degradan y llegan al crimen para obtener la droga, es uno de sus principales problemas y…

—No sigas, ya lo sé y no se trata de eso.

—Perdona, te escucho.

Juliet le explicó a grandes rasgos lo ocurrido en el cementerio y prosiguió:

—… Estuvimos a punto de matarnos con el coche, Taffy estaba como loco. Michael llamó por teléfono desde una cabina, luego volvimos al coche y yo pedí que me dejaran cerca de aquí o en cualquier parte donde pudiera tomar un bus; pero no se detuvieron hasta llegar cerca de Kensington Palace. Bob, de una forma absurda, sólo hablaba de lo que iba a comerse en Piccadilly Circus. Xina parecía mareada y yo les odiaba por lo que habían hecho.

Michael se apeó del coche, tomó la caja con la calavera y se fue caminando en busca de un coche que aguardaba con las luces apagadas.

»—Me voy —les dije.

»—Y yo contigo —añadió Xina.

»—Esperad, no seáis tontas —nos recriminó Taffy—. ¿Es que no tenéis sentido del humor?

»—¡Al diablo con vuestro humor!

»Xina y yo abandonamos el coche y nos alejamos andando. Cruzamos una calle y al poco vimos pasar un automóvil con los faros encendidos. Xina exclamó:

»—¡Es él!

»—¿Quién?

»—Él coche al que iba Michael con la calavera.

»Vimos al vehículo que poco antes descubriéramos con las luces apagadas, lo pudimos observar bien y un poco al hombre que lo conducía.

»—¿Y para qué querrá la calavera?

»—No lo sé, Xina, será un loco —respondí.

»—Michael ha sido un perfecto imbécil robando esa cabeza para él.

»Yo tenía unos terribles deseos de llegar a un lugar donde hubiera gente. Se me había metido el miedo en la espalda y en el estómago, no podía remediarlo. Jamás había visto abrir un ataúd y fue horrible.

»—Juliet, tengo que confesarte algo.

»—Tú dirás, Xina.

»—Juliet, ese hombre preguntaba por Paul.

»—¿Por Paul? —repetí, extrañada.

»—Sí. Me dijo que le daría a ganar unas libras, si acudía a la taberna del Cervato. Se trataba de un trabajito sin importancia.

»—Pero ¿seguro que llamaba a Paul?

»—Sí. Juliet, aunque yo le pregunté si Paul le conocía.

»—¿Y qué te respondió?

»—Que no y que él tampoco conocía a Paul, pero que eso no importaba.

»—¿Y se lo contaste a Paul?

»—No… Bueno, le busqué, le juro que le busqué, pero al no encontrarle se lo dije a Michael y éste pensó que si se trataba de ganar unas libras en un trabajito, podía obtenerlas él y luego ya le daría algo a Paul para compensarle. Yo, yo le creí… —me explicaba Xina, con el terror reflejado en su rostro.

»—Será mejor que volvamos a casa, quiero acostarme —le dije muy nerviosa.

»La realidad es que sentía un miedo atroz, y como no te tenía a ti cerca, deseaba meterme en la cama y cubrirme con las sábanas, la manta y la colcha, como cuando era una niña y así protegerme con la ilusión de que dentro de la cama escaparía a los peligros, huiría del terror y ya ves, he tenido una pesadilla.

—Pues ya ha terminado y tendrás que olvidar lo ocurrido. Tú no has tenido la culpa de nada, puesto que no lo sabías. Eres inocente de lo ocurrido, Juliet, inocente, métetelo en la cabeza —insistió Paul tratando de mentalizarla.

—Sí, soy inocente, pero jamás podré olvidar esa calavera que aún conservaba la piel adherida a los huesos y gran parte del cabello blanco y largo que le daba un aspecto entre repugnante y fantasmal.

—Yo también creo que será un loco el que pagó por el robo de esa cabeza y es que hay sujetos muy maniáticos en sus colecciones.

—¿Colecciones?

—Es posible. Se dice que cuando alguien importante muere, al cabo de un tiempo roban su calavera.

—No es posible, Paul.

—Sí lo es. Ahora no recuerdo bien todos los casos, pero los ha habido de muy sonados que al abrir el ataúd que contenía los restos se dieron cuenta de que faltaba la cabeza.

—Parece increíble, pero ¿dices que casos sonados?

—El de Billy el Niño, en Estados Unidos, es uno de ellos; luego, hay gente por todo el territorio que presume de poseer la cabeza del popular forajido y supongo que la verdadera estará en alguna parte. Hay más casos de gente importante cuyas tumbas han sido abiertas. La calavera de un famoso termina siendo en sí misma, un objeto coleccionable de gran valor.

—No me digas que se trafica con las calaveras de personas importantes…

—Se trata de un inframundo repugnante de gente adinerada y con caprichos morbosos, claro que al cabo de un siglo el morbo se pierde y la calavera puede terminar en las vitrinas de algún museo local.

—Entonces, ¿quieres decir que en estos momentos hay muchos ataúdes con restos humanos donde falta la cabeza?

—Sí. Hubo un tiempo en que los estudiantes iban a las fosas comunes en busca de huesos y calaveras para sus estudios. En realidad, no los cogían ellos, ya estaban allí los sepultureros haciendo la colección. Eran restos de seres anónimos y su valor, mínimo. En la actualidad, eso se ha perdido, aunque no en todas partes, porque muchos cementerios rurales, medio abandonados, son asaltados y robados esos restos óseos. Unos los utilizan para estudiar, otros para presumir de su morbo y algunos para fabricar con los huesos humanos amuletos que luego se venden por las calles de París, Londres, Barcelona, Roma o Copenhague; pequeños y anónimos artesanos que necesitan materia pruna muy especial.

—¡Qué asco!

—Esos amuletos de huesos humanos parecen poseer un gran valor para los supersticiosos y se venden mejor de lo que pueda pensarse, claro que lo que me has contado del robo de esa cabeza es algo diferente.

—¿Tú crees?

Paul quedó pensativo y luego habló despacio, siempre con sus manos sobre el cuerpo femenino, acariciándolo, tranquilizándolo.

—Tendré que hablar con Michael, pero me temo que esa calavera ha sido robada por algo muy especial. ¿Cómo dices que se llamaba el muerto?

—Horacio Conwell Harrison, un mago al que apodaban el Diablo de la Noche.

—Es cierto, fue famoso y los lugares donde él actuó se llenaban de público. Según oí contar, jamás permitió que le filmaran o fotografiaran mientras realizaba sus trucos; claro que cuando él actuaba no había películas tan sensibles como ahora.

—Me siento sucia, Paul. Quizá a muchos estudiantes de Medicina les parezca divertido eso de robar una calavera, pero a mí, coa espíritu de artista, me sienta muy mal. Turbar la paz de los muertos, arrancar la cabeza a un cadáver para complacer la morbosidad de un demente, me parece francamente repugnante. Como comprenderás, yo no fui a Piccadilly Circus y Xina tampoco.

—¿Y ellos?

—No sé si Taffy y Michael fueron; lo que sí sé es que Bob tenía ganas de ir.

—De Bob, con tal de comer, se puede esperar todo.

—Sí, es horrible.

—Hablaré con Michael de todo esto.

—No te molestes con él, es un desgraciado y la cosa ya no tiene remedio. Si le denunciáramos a la policía, este asunto todavía se pondría peor.

—Desde luego, aunque lo mejor sería tratar de recuperar la cabeza y que Michael la restituyera.

—Ya no creo que eso sea factible. Michael estaba contento, al parecer le iban a pagar bien ese robo morboso y la profanación de la tumba.

—Sí, supongo que un trabajo así se paga y comprendo que Michael quisiera estar rodeado de un grupo para quitarse el miedo: solo no habría podido realizar una acción tan reprobable.

—Xina tampoco sabía nada, ni Bob; sólo lo sabían Taffy y Michael.

—Michael comete muchas estupideces, por eso no avanza en sus

estudios; en cuanto a Taffy, no sé qué pensar, hoy los veré en la Madriguera.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono que se hallaba sobre la mesita de noche, al alcance de las dos camas. El insistente timbrazo llamó la atención de ambos y Paul le dijo:

—Tómalo, no creo que sea para mí.

Juliet descolgó el auricular y habló por él:

—¿Diga?

Se pudo oír una voz hablando, rápida, al otro lado del hilo.

—Pero ¿eres tú?

# Capítulo IV

—Dame un par de porros.

Roney miró a Michael, lo veía más envalentonado, más arrogante y seguro de sí que de costumbre. Se hallaban en uno de los rincones de la Madriguera, el club al que acudían estudiantes, jóvenes aficionados a las artes y artesanos trotamundos.

Roney pasaba a ser de estos últimos, pues podía confeccionar una pulsera o un amuleto con relativa facilidad. Era mayor de lo que aparentaba y se las arreglaba con una peluca de abundantísimo cabello que le caía por la frente casi hasta las cejas.

Una barba recortada ocultaba el azote del tiempo sobre su piel. Sus ojos eran muy vivaces, muy ladinos; ojos de zorro. Solía sonreír, entre sarcástico y cínico, siempre pretendía conocer bien a sus interlocutores.

—Lo siento, Michael, yo no soy tu papi, busca en otra parte.

—Tengo dinero —advirtió, tajante.

—¿De veras, y dices que quieres un par de perros?

—Sí.

Michael sacó un billete que puso ante los ojos de Roney; éste lo tomó entre sus dedos, lo observó y determinó:

—Está roto.

—Pero, pegado con cinta adhesiva es bueno. Si no le lo crees, me voy a otra parte. Después de todo, iba a decirte que te cobraras lo que te debo.

—Espera, espera. Eres muy joven y te pones nervioso enseguida.

—Entonces, ¿me das lo que pido?

—Sí, hombre, claro que sí. Me quedo con tu billete y me olvido de lo que me debes.

A Michael le pareció bien la proposición y extendió su mano.

—Aguarda, no seas idiota, no vayas a fumar aquí, ahora. Ya sabes que de vez en cuando entra el *bobby* (En Londres, popularmente, agente de policía) y olfatea como un sabueso. No nos metas en líos a los demás. ¿Comprendido?

—No me hacen falta consejos, Roney, cómetelos.

—Está bien, está bien, que tengas buen viaje.

Roney se inclinó de un lado sin levantarse de la silla e introdujo dos dedos de su diestra, a modo de pinza, entre la caña de su bota derecha. Sacó tres cigarrillos que dejó en el suelo. Michael se inclinó, los tomó y se los guardó en el bolsillo diciendo:

—Ahora estamos en paz.

Roney sonrió y dijo:

—Ya volverás, y algún día tendrás que vender tu melena para pelucas, así podrás pagarme.

Michael se fue al mostrador y tomó dos cervezas, se secó los labios y abandonó la Madriguera. Salió a la calle, comenzaba a lloviznar y se habían encendido las primeras farolas de la City, ya que la noche iba envolviendo rápidamente la gran metrópoli. El suelo brillaba mucho, pero no había charcos.

Avanzó por la acera. Deambulaba poca gente, pero en dirección contraria vio venir a un *policeman*. Tuvo deseos de retroceder, mas optó por seguir adelante y sonreír.

—Buenas noches. ¿Hay muchos criminales sueltos, a estas horas?

El agente se detuvo con las manos a la espalda. Era más alto y fornido que Michael, lo miró a la cara y respondió:

—Hueles a cerveza, muchacho; quizá te has llenado demasiado la barriga, de modo que ve a tu casa y acuéstate, no me gustaría encontrarte por el suelo o atropellado por un coche, claro que es difícil no verte, aunque sea de noche con ese pelo que te gastas.

—¿Qué le pasa a mi pelo, agente, no le gusta? ¿Es que está prohibido llevar pelo rubio con permanente?

—¡Ah! Es permanente… Pues, por muchos años, muchacho.

Siguió adelante sin darle cuerda a Michael para que éste, por sí mismo, no se buscara pleitos. Olía fuertemente a cerveza y no estaba muy lejos de la borrachera.

El edificio en que vivía Michael era viejo y su aspecto, casi miserable. Lo que otrora fueran pisos habían sido convertidos en

habitáculos, había dos aseos y al lado de uno de ellos, un baño.

Las estancias eran distintas entre sí. Desde dos camas como las que ocupaban Juliet y Xina (y por la que habían de pagar más mensualidad) y estancias con cuatro, cinco y hasta seis camas.

Por razón de distribución y colocación de puertas, algunos de los habitáculos comprendían dos habitaciones o una y media. Michael estaba en una de dos que tenía cinco camas, tres en una de las habitaciones y dos en la otra. El administrador había distribuido las dependencias como mejor había podido, para meter en ellas el máximo de camas y así sacar más renta de un edificio estrecho y casi ruinoso al que cualquier familia media burguesa o baja, no habría querido ni acercarse. La única ventaja de aquel lugar donde tantos jóvenes tomaban una cama en forma fija y como mínimo durante un mes, que es lo que se les cobraba por adelantado, era que estaba muy céntrico.

Michael entró en el vestíbulo de la portería. Había una bombilla de escasa potencia con un doble enrejado que la protegía y que a la vez quitaba luz, pero había sido preciso colocárselo para evitar que las bombillas fueran continuamente robadas de aquel lugar, yendo posiblemente a parar a algún flexo de las tantas y tantas camas que tenía el edificio.

Michael se detuvo. Sacó uno de los cigarrillos de droga blanda y se lo llevó a los labios. Miró de reojo a un lado y a otro y viendo que nadie más que él estaba allí, lo encendió con su mechero barato de gas. Aspiró con fruición y se llenó los pulmones de marihuana. Aguantó el humo todo el tiempo que pudo, como si deseara que se mezclase profundamente con su sangre, y después expulsó el humo y la respiración contenida, muy despacio. A la segunda chupada ya había comenzado a subir los peldaños.

Llegó al segundo piso y se enfrentó con la puerta de su habitáculo. Sacó la llave de su bolsillo; podía llamar, era casi seguro que dentro había alguien que le enviarla al infierno por dar un timbrazo, pero prefirió no llamar la atención.

Abrió la puerta y atravesó un largo corredor que había sido construido para dar acceso a aquel habitáculo de dos habitaciones con cinco camas.

La estancia en que Michael dormía y tenía su armario, se hallaba con la luz apagada, mas la ventana sin postigos ni cortinas dejaba

entrar la luz de la calle y frente al edificio había una farola irradiando luz sobre el asfalto y la acera mojada, una luz suficiente para iluminar la estancia, pero no para pretender leer en ella.

Michael volvió a chupar con fuerza el porro y lo cierto era que ya lo estaba consumiendo. Notaba ya el efecto de la marihuana y deseaba tenderse en la cama. A él, uno de aquellos cigarrillos no le daba, como a otros, por una acción dinámica sino todo lo contrario, ya que prefería sumergirse en el mundo de lo onírico y, en él, fantaseaba con situaciones sexuales que no vivía en la vida real.

De pronto, se quedó mirando su cama y descubrió en ella el bulto de alguien que parecía dormir dentro, ocupándola mientras la cama situada al otro lado de la estancia se hallaba vacía:

—¡Eh, tú, sal de mi cama!

No obtuvo respuesta, el durmiente seguía quieto.

—Vamos, que es mi cama, yo la pago y ahora la necesito. ¡Fuera!

Se acercó a la cabecera, tomó el embozo de la sábana y tiró de él con fuerza. Sin duda alguna, Michael no esperaba ver lo que encontró…

La calavera, la horrible y repugnante calavera del Diablo de la Noche, con sus cabellos largos y blancos, casi pegados entre sí, con los grandes fragmentos de piel gris amarillenta adherida al hueso, su boca extrañamente abierta, las cuencas de sus ojos vacías, la cabeza robada en el cementerio profanando una tumba, estaba allí, en su propia cama.

Michael, encarado con la cabeza momificada que semejaba mirarle desde lo profundo de sus cuencas vacías, quedó como petrificado. Era como si pulsando un botón hubieran detenido bruscamente su pensamiento, sus reacciones anímicas, hasta su respiración y su corazón.

No se movía en absoluto, ni siquiera pestañeaba, como si le hubieran llenado los ojos de novocaína para efectuarle una intervención de córnea.

De pronto, se oyó una carcajada y se encendió la luz.

Taffy apareció riendo y, tras él, Bob también reía sin alejar el dedo pulgar de su boca, como si instantes antes se lo hubiera estado lamiendo.

—¡Fantástico, eh! A que no te lo esperabas… —exclamó Taffy.

Bruscamente, Michael entró en reacción. Todo lo que en él se había contenido hasta aquel instante sufrió como una eclosión de dentro afuera. Su piel, que había quedado pálida, enrojeció, sus ojos semejaron querer salir de las órbitas, la boca se le agrandó y las manos se le crisparon.

—¡Aaaaaagggghhhhh!

Ante el asombro de sus amigos, Michael se lanzó contra la ventana con la cabeza y las manos por delante. Hizo estallar los cristales con la violencia de su embestida y, como si pretendiera escapar volando de aquella situación, salió por la ventana ya lleno de cortes en el rostro y las manos, salpicando sangre en derredor mientras volaba hacia el asfalto dejando aterrados a Taffy y a Bob ante tan súbita e inesperada reacción.

—Se ha tirado —balbució Bob, señalando hacia la ventana.

—¡Está loco! —Taffy miró la calavera y corrió hacia ella—. ¡Hay que esconderla, pronto vendrá la policía!

—Pero, se ha tirado… —insistió Bob como idiotizado.

—Ya nada podemos hacer, imbécil, ¿es que no te das cuenta? Hay que evitar que sepan lo de la cabeza, quita las almohadas de la cama —le ordenó Taffy, señalando las almohadas que habían servido para simular que dentro del lecho había un cuerpo humano.

Casualmente, en aquellos instantes llegaba al portal Paul con Juliet y Xina. No se percataron de la tragedia hasta que escucharon el ruido sordo del cuerpo al caer a la calle. Al unísono, las dos muchachas gritaron de terror. Xina volvió su rostro hacia la pared y Juliet se quedó mirando el cuerpo caído, sin dejar de gritar.

Paul se despegó de las dos Jóvenes y se abalanzó sobre el caído. Había cristales en derredor. Michael tenía la cabeza torcida y sangraba por manos y rostro; todo era sangre en torno a su cabeza de abundantísimo cabello rizado y rubio.

El *policeman*, atraído por los gritos, corrió hacia el lugar de la tragedia haciendo sonar su silbato para alertar a sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido?

—Agente, se ha caído desde la ventana, pero aún está vivo, hay que llevarlo corriendo a un hospital.

—¡Vaya, si es el muchacho que iba cargado de cerveza! —exclamó el agente malhumorado, como si tuviera la obligación de prever que ocurriría una desgracia semejante.

—Todavía vive, hay que llevarle al hospital, corriendo.

—Sí, sí, avisaremos a una ambulancia.

—Se va a desangrar.

—No lo toquen hasta que venga la ambulancia —ordenó el policía.

Paul sacó un paquete de clínex y fue oprimiendo los pañuelos de papel contra la herida que le pareció más peligrosa, la del cuello y por la que el muchacho se desangraba más rápidamente.

Juliet, más repuesta, se le acercó, y también lo hizo más gente, gente que instantes antes no parecía estar en la calle y que ahora circundaba a Michael, encharcado en su propia sangre.

—¡Vive, vive, y si se dan prisa se le puede salvar!

Vinieron más agentes y se cursaron órdenes apresuradas. Uno de ellos interrogó a Paul:

—¿Eres médico?

—Todavía no, pero me falta poco; él es mi amigo.

No tardó en escucharse el ulular de una sirena. En el habitáculo, los policías buscaban una explicación a lo sucedido.

## CAPÍTULO V

Juliet y Xina permanecían sentadas en una salita del hospital.

Paredes blancas, una luz en el techo que expandía una escasa luminosidad. La estancia, por demasiado aséptica, resultaba poco confortable. En otro lugar de aquel mismo hospital aguardaban los familiares de Michael.

Las dos muchachas fumaban en silencio y la palidez, de sus rostros era evidente y ostensible. El tiempo había pasado, haciéndoseles largo, eterno; no obstante, no decían nada y tampoco se hallaban esclavas del nerviosismo. No hacían como otros seres que en aquel mismo hospital esperaban caminando de un lado a otro. Se contaban cientos y cientos de veces, aquellas baldosas.

Juliet y Xina se hallaban sentadas en un banco con respaldo blanco, de plástico, limpio y no demasiado cómodo. La puerta estaba abierta y desde donde se hallaban veían pasar por el corredor enfermeras, enfermeros, médicos y otras personas ajenas al hospital.

Al fin apareció Paul. Al verle, ambas se pusieron en pie. Paul tenía ojeras, se veía afectado.

—¿Cómo está? —preguntó Juliet ansiosa.

Xina fue más contundente:

—¿Ha muerto?

—No, no ha muerto, pero está muy grave; en coma. No se ha recuperado.

—¿Se recuperará? —interrogó Juliet profundamente preocupada.

—Ha perdido mucha sangre; se le han hecho transfusiones. Tiene muchos cortes en la cara, pero lo peor ha sido la caída.

—¿Muy grave?

—Parece que tiene fisura craneal y como aún no se sabe si su cerebro ha quedado afectado, se le mantendrá en observación. También tiene la espalda rota; me temo que, aunque se recupere quedará…

—¿Paralítico? —preguntó Xina con un hilo de voz.

—Es posible, pero lo que importa es su cerebro, no reacciona.

—¿Tiene vida?

—Sí, el electroencefalógrafo capta vida, pero con poca intensidad. ¡Quién sabe lo que estará ocurriendo dentro de su mente! La policía se ha hecho cargo del caso; no sé si se lo dirán a su familia, de momento.

—¿De qué se trata? —preguntó Juliet muy interesada.

—Pues que tenía cierto grado de embriaguez, alcohol en la sangre.

Xina preguntó:

—¿Es lo que le ha hecho caer por la ventana?

—No ha caído, se ha lanzado abiertamente, como suicidándose.

—¿Una volada de esas suicidas?

Paul exhaló un largo suspiro y aclaró:

—Además, estaba drogado. Había estado fumando marihuana; entre sus ropas, la policía ha encontrado dos cigarrillos más de droga.

—Alcohol y droga mezclados es una bomba —se lamentó Xina.

—Sí, una maldita bomba. Hay drogas peores para mezclarse con el alcohol; de todos modos, lo que se comenta es que ha tenido un pésimo viaje y se ha lanzado en vuelo como uno de esos suicidios con LSD. Parece que a él la marihuana y las cervezas le han sentado fatal y se ha arrojado por la ventana a través de los cristales. Ha debido sufrir una crisis fortísima y ha enloquecido, de otra forma no se explica lo que ha hecho.

—No sabía que se drogara de esa forma —confesó Xina, con un suspiro de desaliento. Como si se hubiera estado conteniendo horas y horas y al fin se abriera su compuerta emocional, estalló en un desconsolado llanto. Paul la abrazó contra sí al tiempo que miraba a Juliet. Ésta dijo:

—Se salvará. Verás cómo se salva.

—Vámonos de aquí, ahora no podemos hacer nada. Ya volveremos, todos necesitamos descansar.

Avanzaron por los corredores del hospital, iluminados en la madrugada.

A urgencias arribaba otra ambulancia y unos camilleros descargaban el vehículo con rapidez. Siempre llegaban seres al borde de la muerte y acompañantes con la angustia constriñéndoles el estómago, los corazones, la mente.

La Muerte, como un gigantesco buitre negro, volaba constantemente sobre el hospital londinense; un buitre que nadie veía, pero los que entraban allí de noche o de día, por urgencias, lo presentían, casi le oían aletear.

Al fin, salieron a la calle. No hablaban y Xina tenía los ojos húmedos.

Junto a una farola, con el suelo mojado, pero sin llover en aquellos instantes, aguardaba un hombre alto y corpulento. Tenía el dedo pulgar de su mano izquierda alzado, próximo a su boca.

—¡Bob! —interpeló Juliet.

Bob se les acercó y dijo claramente:

—Os estaba esperando.

—¿Por qué no entrabas? —le preguntó Paul.

—No me atrevía… ¿Cómo está Michael?

—Mal, muy mal —musitó Xina, y volvió a llorar.

—Está en coma, todavía puede salvarse —le contestó Paul.

Bob contestó sombrío:

—Toda la culpa la tiene Taffy.

—¿Taffy? —repitió Paul frunciendo el ceño.

—Sí, Taffy —insistió Bob.

—No digas tonterías, no se puede culpar a nadie de lo ocurrido —replicó Juliet—. Michael estaba bebido y drogado.

—No lo sabía; sin embargo…

—Bob, me da la impresión de que tú tienes algo que decir.

—Sí, Paul, porque si no lo digo, reviento. Ya sabes que soy algo tonto, lo reconozco, pero no tengo mala idea. Taffy si la tiene.

—Vamos, Bob, explícate de una vez —apremió Juliet.

Bob había llegado hasta la puerta del hospital y esperado allí, en la fría y húmeda calle, bajo una farola, para hacer una confesión; sin embargo, añora dudaba, su imponente humanidad se balanceó.

—¿Tienes miedo? —preguntó Xina.

—Taffy es un tipo fenómeno, ya lo conocéis, lo que se le ocurre

a él no se le ocurre a nadie. El piensa diferente, no es como nosotros.

—Todo eso lo sabemos, Bob, pero si no hablas, nos vamos a dormir de pie —le advirtió Paul, que no creía que Bob pudiera decir nada que resultara decisivo.

—Veréis, Taffy aceptó ayudar a Michael en lo del cementerio. ¿Se lo habéis contado? —preguntó a las chicas, señalando a Paul.

—Lo sabe todo —aclaró Juliet.

—Pues, la cabeza era para un tipo raro que se la llevó en una caja de cartón.

—¿Y qué tiene que ver eso, con que Michael haya caído desde la ventana?

A la pregunta de Xina, Bob rehuyó su mirada y respondió:

—Tiene mucho que ver. Taffy le ayudó, Michael tenía miedo, pero se lo aguantaba. Taffy quiso gastarle una broma, lo tenía todo preparado, y cargó la repugnante cabeza del cementerio en una bolsa y puso dentro de la caja de cartón otra calavera.

—¿Otra? —inquirió Juliet muy sorprendida.

—Sí, Taffy tenía otra calavera preparada, no sé de dónde la sacó, creo que la compró a alguien, ya sabes que hay tipos que venden esas cosas. Van a cementerios rurales medio abandonados, las roban y luego las venden; pero, no tenía nombre, no sabía de quien era. Era una calavera anónima, de unas pocas libras; sin valor.

—¿Y entregó esa calavera al tipo del coche? —preguntó Juliet.

—Sí, y guardó la del mago, la que sacamos de aquel horrible panteón.

—¿La calavera del Diablo de la Noche? —inquirió Xina, sobrecogida.

—Taffy, riendo, me explicó que así se la iba a pegar al tipo que quería la auténtica calavera de ese Diablo de la Noche y a Michael, que entregaría una calavera que no era la auténtica.

—Encima del robo del cementerio, de la profanación de un sepulcro, el gran fraude de dar una calavera por otra —exclamó Juliet temblando de ira, ella que deseaba que todo fuera puro y verdadero.

—Eso es un fraude.

—¿Y para qué quería Taffy la calavera auténtica? —inquirió Paul, que mantenía el ceño fruncido.

—Para reírse de Michael, le tenía preparada una broma. Michael no podía esperársela, puesto que él mismo había entregado la calavera dentro de la caja de cartón al tipo que la pedía; lo que ignoraba es que entregaba otra diferente. Después de todo, el que pagaba tampoco sabía exactamente cómo era la calavera que robamos en el cementerio, de modo que se tragó el cambio y Michael lo hizo sin saberlo, por eso se sorprendió tanto cuando la encontró dentro de su cama.

—¿Dentro de su cama? —Xina contuvo el aliento.

—¡Qué horror! —exclamó Juliet.

Paul gruñó:

—Empiezo a comprender la reacción de Michael.

—Sí, se asustó mucho. Taffy había preparado la cama riéndose, puso almohadas para simular que había alguien acostado y en la parte alta, y tapada con la sábana, estaba la calavera. Al destaparla Michael podéis suponer su susto. Se quedó como si le hubieran quitado la sangre de las venas y cuando Taffy y yo aparecimos riendo, ocurrió lo que no habíamos ni siquiera imaginado. Fue terrible, se lanzó por la ventana… ¿Quién podía suponer que haría una cosa tan horrible al ver la calavera?

—Supongo que ya nada remediaría el que os rompiera la nariz a puñetazos.

—Yo le he dicho a Taffy que la broma ha sido muy pesada y que debería acudir a la policía y contárselo todo.

—¿Y qué ha contestado él? —preguntó Paul.

—Que soy un idiota, que después de todo, ha sido Michael el que se ha lanzado por la ventana, no lo hemos empujado. Que nadie se tira por una ventana con cristales, por delante, simplemente por ver una calavera.

—Bob, vuestra broma ha sido más que pesada, pero también hay que considerar que Michael estaba bebido y, encima, se había drogado.

—Claro, así se comprende —admitió cabizbajo.

—No puedes cargar con una muerte y decirle esto a la policía; creo que os traería muchas complicaciones y a Michael no le ayudaría en nada. El parte forense hablará mucho del alcohol y la marihuana, será fácil para la justicia.

—Siento lo de Michael, de verdad, no suponía que la broma

terminaría así.

—Nunca se sabe cómo va a acabar una broma si, además, es macabra.

—Sí, claro —admitió Bob.

—Habéis cometido muchas estupideces y acciones repugnantes. Lo que le ha ocurrido a Michael ya no tiene remedio, esperemos que se recupere; no obstante, hay algo que sí se puede reparar.

—¿El qué? —interrogó Juliet.

—Hay que retomar lo robado a su lugar de origen.

—¿Quieres decir aquella horrible cabeza a su tumba?

—Exactamente.

—Yo no pienso volver al cementerio —dijo Xina, rotunda, retrocediendo un paso como si instintivamente temiera que en aquellos momentos fueran a llevarla a rastras al cementerio.

—No es preciso que vayáis todos, aunque como expiación a vuestra repugnante acción estaría bien que fuerais todos menos Michael, por supuesto, y regresarais esa cabeza al lugar que corresponde. Quizá consideréis una estupidez, hablar de la paz eterna y todo eso, pero los restos humanos merecen un respeto y así se considera en todo el mundo.

—Bueno, si eso es lo que hay que hacer, por mí aceptado —asintió Bob.

—Pues a recuperar la cabeza y, mañana por la noche, que quede en su sitio, puesto que ello aún es posible.

Echaron a andar los cuatro. Sus pisadas podían oírse sobre el enlosado de la acera mojada. No muy lejos estaba el «Volkswagen» de Paul en el que se alejarían rodando en la noche. Todos pensaban en Taffy y en cómo se iban a encarar con él. Taffy había sido siempre muy retorcido en sus bromas. ¿Dónde habría ocultado la impresionante cabeza momificada del Diablo de la Noche? Era seguro que la policía habría registrado sus habitáculos, buscando más droga.

# CAPÍTULO VI

Taffy se había sumergido en una cueva de trotamundos. Resultaba difícil catalogarlos como *hippies* u otros grupos marginales de la sociedad burguesa internacional. Habla demasiados grupos de inconformes, desde los ya casi legendarios, pero nunca desaparecidos *teddy-boys* y los *teenagers*.

Taffy conocía todos aquellos sótanos del inframundo donde, de un día para otro, podía verse caras distintas. Aquellos seres de *blue-jeans* sucios y malolientes podían estar hoy en Londres y mañana en Copenhague o Ibiza y, más tarde, en el Nepal. Los que supervivían de aquel azaroso trotar por el mundo, a la larga aparecían en oficinas, bien trajeados, con corbata y afeitados, formando parte de la criticada clase burguesa media, alta o baja.

Taffy sabía desenvolverse allí con naturalidad, como un carpín de colores y velos, dentro de un acuario repleto de plantas.

Taffy había huido del edificio de dormitorios, no deseaba estar allí durante los registros de la policía. Tampoco quería hablar con los demás y había exigido a Bob que cerrara la boca y no dijera nada. Si Michael se había querido lanzar por la ventana, era su problema y no tenían por qué quedar involucrados ellos también.

Taffy había cogido su saxófono y estuvo tocando en una de aquellas cuevas donde le dieron un cazo de sopa espesa y de sabor indefinido, pero que servía para sobrevivir.

Como casi siempre, dejó que su estado emocional fuera el que compusiera aquella música que él interpretaba y que jamás quedaba escrita. Aquella noche no dejaba escapar por su saxo tenor una música alegre; las notas eran alargadas y melancólicas. Michael le caía bien, pero no deseaba sentirse culpable de la tragedia y procuraba no pensar en ella.

Una muchacha mulata, posiblemente más joven de lo que aparentaba, se había sentado junto a Taffy para escucharle y comenzó a acariciarle las piernas sin ningún disimulo.

Taffy la miró de reojo y a ella le brillaron los ojos y mostró una doble hilera de dientes blancos y fuertes. Taffy sostuvo el saxo con una sola mano y con la otra la acarició metiendo los dedos entre el vestido de la chica que rió abiertamente.

Taffy hizo su música más vibrante.

Taffy se dio cuenta de que podía acostarse con la mulata en uno de los catres que por allí abundaban o en el mismísimo suelo y en aquel ambiente nadie les iba a molestar. Cada cual iba a lo suyo, entre ellos no existían leyes de ningún tipo, pero vivían dentro de un caldo de cultivo donde la infección vivía opíparamente clavando sus tentáculos en aquellas carnes sin control alguno.

Quizá con cierto temor de hacer el ridículo, pues no estaba seguro de poder complacer a la mulata, en aquellos momentos, Taffy guardó su saxo y rechazó la descarada invitación de la chica.

Regreso a los habitáculos, pero antes dio una vuelta por delante para asegurarse de que no había policía.

Penetró luego en el vestíbulo de la escalera iluminado por la bombilla enrejada y subió hasta detenerse donde él dormía, donde lo hacía Bob y donde también había dormido Michael antes de lanzarse por la ventana, como poseído por el diablo.

Vaciló unos instantes y se decidió a introducir la llave en la cerradura. Miró hacia la parte alta de las escaleras y continuó subiendo. Quería cerciorarse de que los policías no habían encontrado lo que guardaba arriba.

El desván tenía un mal acceso; se llegaba a él por unos peldaños de hierro sujetos a la pared en vertical; luego, se levantaba una trampilla y se pasaba a la buhardilla, siempre fría. Allí había trastos viejos y polvorientos, nada aprovechable. En ocasiones, alguien había llegado a esconderse en aquel lugar.

Tenía un ventanuco que daba al tejado, pero resultaba muy peligroso por el plano inclinado del mismo, ya que se corría el riesgo de caer a la calle. Taffy era uno de los pocos que conocía bien aquella buhardilla y las cajas que contenía. Ni en Portobello hubieran dado una sola libra por todo lo que allí había. Si algo de valor existió allí, en alguna ocasión, ya se habían encargado de

liquidarlo y transformarlo en dinero. Los que se refugiaban en aquel edificio de apartamentos divididos en habitáculos, no gozaban, evidentemente, de una posición boyante, aunque se hallaban muy por encima de los que se refugiaban en los catres de la cueva por la que Taffy pasara aquella noche.

En un rincón tema una botella con un cabo de vela, una botella llena de chorreadas de cera por haber servido de portavelas en infinidad de ocasiones. Sacó un sobre de fósforos y prendió la mecha sin dificultad.

—Muy bien, Taffy, luego te lomas un trago y a dormir. Mañana, cuando sepas cómo está Michael y te encuentres mejor, te vas a ver a la mulata si es que sigue donde la has visto… —Suspiró y miró en derredor—. Michael ha sido un estúpido, un estúpido, no sabe aguantar una broma, estaría bebido, seguro, es un idiota…

Taffy dejó su saxo sobre una caja y tomando la botella entre sus dedos, se acercó a una caja de cartón en la que había papeles arrugados. Dejó la botella en el suelo y la llama se curvó, recuperando luego la verticalidad.

En aquella buhardilla no había corrientes de aire, el ventanuco estaba cerrado y el cristal, entero. Había humedad, eso, sí, una humedad causada por las gotas de lluvia que se filtraban del tejado que nadie se preocupaba de reparar. Si había quejas por parte de quienes ocupaban aquellos habitáculos (por llamarlos de alguna forma) y la reparación podía resultar costosa, se colocaba un bidoncito viejo en la buhardilla para que recogiera las gotas que se filtraban del tejado, nada más.

Taffy no se tenía, a sí mismo, por miedoso. Había viajado mucho, había oído muchas historias y también se había reído de ellas. No era como Michael ni como los demás de la Madriguera. Taffy se reía de la Muerte a la que consideraba el fin de todo, pese a que le habían hablado de la proyección del ser más allá de la muerte e, incluso, del retorno de los muertos, de los espectros; por ello, permanecía tranquilo a la luz de una vela en la solitaria y mohosa buhardilla donde todo eran sombras, sombras de difícil apreciación debido a los objetos que las producían. Maderas, cajas, las mismas vigas que sostenían el techo de la vieja casa londinense…

Lo único que preocupaba a Taffy es que la policía licuara a

encontrar la calavera y se interesara por ella. Sabía que por lo que había hecho en el cementerio podían ir a la cárcel y si algo producía terror a Taffy, era precisamente dar con sus huesos en prisión; por lo menos, es lo que él creía hasta aquellos instantes en que removía los arrugados papeles de la caja de cartón en busca de lo que había escondido.

Si alguien hubiera estado allí, habría visto que Taffy torcía el gesto y removía más ansioso los papeles.

—¡Maldita sea!… ¿dónde estará?

Tomó la caja, nervioso, y la volcó, pero de ella no salieron más que papeles. Arrojó la caja y la llama de la vela volvió a torcerse por el viento producido por su acción.

De pie, miró en derredor como si temiera haberse equivocado de escondite, como si existiera la posibilidad de que hubiera otra caja parecida. Había más, era cierto, pero no creía haberse equivocado.

—Cualquier día le prendo fuego a todo y arderá como una tea; esto es un basurero —masculló.

Se produjo un ulular súbito y fortísimo que lamió el tejado y como si poseyera una fuerza demoníaca, abrió el ventanuco, con tal violencia, que no sólo arrancó el cerrojillo de la jamba sino que hizo saltar hasta los cristales.

Taffy, sorprendido, dio un salto hacia atrás mirando hacia el ventanuco.

En él, suspendida en su centro, sin tocar a ninguna parte, estaba la calavera de Horacio Conwell Harrison el mago apodado el Diablo de la Noche.

No cabía duda, era él; sus largos cabellos blancos casi amarillentos, los grandes fragmentos de piel pegada a los huesos, su boca con perenne sonrisa infernal, las cuencas vacías de los ojos, con un hálito de vida en su interior, unos puntos rojizos que semejaban ver…

—¡Aaggg!

Taffy sintió que se ahogaba y se llevó las manos al cuello.

No podía dudar de que aquellas cuencas vacías, faltas de ojos, le estaban mirando. Sí, le miraban y su boca parecía querer decirle algo.

Taffy se frotó los ojos sin querer dar crédito a lo que estaba viendo. No podía ser cierto. Taffy reconocía haber bebido algo, pero

no hasta el punto de estar borracho. También había comido los últimos días, por lo que tampoco podía pensar en delirios por debilidad física.

—No puede ser cierto, no puede ser…

La cabeza, que semejaba tener vida propia, se adentró en la buhardilla. Descendió y rodeó a Taffy obligándole a dar vueltas sobre sí mismo.

Taffy corrió hacia la trampilla que estaba cerrada. Bruscamente, se apagó la luz de la vela y se dio un golpe contra una de las vigas de sostén del tejado.

Taffy se quejó de dolor, pero, en el fondo, quedó contento de que se hubiera apagado la luz de la vela, así no vería la calavera; mas se equivocaba, porque al ladear la cabeza la vio casi pegada a su rostro. Saltó nuevamente hacia atrás y volcó algunos de los objetos allí acumulados.

—¡Vete, hijo del infierno, vete! —chilló ya incontrolado, con el pánico metido en su pecho, entre las costillas, aplastándole los pulmones e impidiéndole una respiración adecuada.

A Taffy le habría gustado conocer en aquellos momentos algún conjuro que obligara a huir de la buhardilla a aquel despojo repugnante y siniestro que le perseguía, que le acosaba, que se burlaba de él, aquella calavera que tenía luz propia, fosforesciendo en la oscuridad.

—Yo, yo te llevaré al panteón, te llevaré… —balbució, como hablando con la cabeza medio momificada del Diablo de la Noche como se había hecho llamar en vida el mago que tantos y tantos aplausos arrancara en los escenarios ante los ojos atónitos de los espectadores que no comprendían cómo lograba realizar sus efectos, pues ni sus propios colegas habían conseguido descubrir sus trucos y se había llegado a murmurar que tenía un pacto con Satanás.

La calavera que Taffy no sabía si era real o no, se detuvo y quedó suspendida en el aire, a una altura como si debajo hubiera un cuerpo que la sostuviera.

—¿Qué quieres de mí?

Por primera vez, la calavera del Diablo de la Noche se dejó oír y lo hizo profiriendo una larga y quejumbrosa carcajada que sobrecogió más a Taffy, que transpiraba un sudor frío.

Con los ojos desorbitados como jamás los tuviera, vio cómo

lentamente surgía de la oscuridad, como si la, estuviera sacando de una vaina, una especie de espada, estrecha y curva que resplandecía como la misma calavera.

Taffy no sabía qué hacer ni cómo escapar. Todo aquello debía ser una pesadilla, tenía que serlo. Él no creía en el retorno de los muertos, pero allí, delante de él, estaba la cabeza que había arrancado del interior de un ataúd en la soledad de la noche; una profanación de tumba, mitad por broma mitad por dinero.

La espada se elevó en el aire. Más que una espada era un sable que se adivinaba muy afilado y que, de pronto, cortó el aire con un terrible silbido. Como si lo hubiera intuido, Taffy se echó hacia atrás cayendo de espaldas.

Despavorido, trató de huir como pudo, mas el filo de acero fosforescente volvió a cortar el aire y la punta pasó entre su boca abierta, agrandándole las comisuras de los labios. La sangre brotó por los lados de su rostro. Era como si hubiera bebido en exceso un vino denso y negro, llenándose tanto la boca que se había desbordado por las comisuras de sus labios, incapaz de tragarlo. Mas, para Taffy era peor. Notaba el escozor, notaba la sangre, su angustioso goteo, cuando el temible sable fosforescente manejado por manos invisibles, pues sólo podía ver la terrible y vengativa cabeza del Diablo de la Noche, se aprestaba a un nuevo ataque.

Taffy comprendió que aquel sablazo habría de ser el definitivo, el asesino. Gritó desesperado.

—¡Agggggghhh!

Taffy había levantado las manos por delante de su rostro como para protegerse del nuevo golpe. El acero frío, terriblemente gélido, silbó de nuevo describiendo medio círculo en el aire.

Taffy sintió como si le aplicaran hielo en las muñecas. El sable pasó de largo y el muchacho creyó haber escapado de aquel impacto. Bajó las manos para ver mejor a aquel ser siniestro, si es que se le podía llamar ser.

De pronto, vio cómo la sangre fría salía a borbotones de las venas de sus muñecas, cortadas por la hoja del sable que había pasado, rápido y justo, sobre ellas, con su diabólico filo homicida.

La calavera del Diablo de la Noche siguió riendo mientras Taffy, lleno de sangre, salpicando en derredor, se levantaba. Taffy, aterrado, perdiendo sangre, se lanzó contra otro rincón de la

buhardilla.

La calavera reía mientras él perdía más y más sangre por las muñecas y por las comisuras de sus labios.

—¡Socorro, auxilio! —suplicó más que gritó Taffy, tragándose su propia sangre, yendo de un lado a otro de la buhardilla hasta caer bajo el ventanuco roto que intentó alcanzar.

La debilidad por pérdida de sangre hacía presa en él y todas las imágenes se confundían. Veía mal, borroso y hasta doble. Así, vio cómo la calavera se multiplicaba en sus retinas.

Miró hacia el exterior del ventanuco y allí estaba el cielo, un cielo encapotado y negro, pero un cielo que pretendía alcanzar con sus manos cuyos dedos se curvaban como garfios tratando de asir el pequeño alféizar para escapar de la buhardilla.

No habría de conseguir la salvación, pues cayó sobre los cristales rotos donde fue debilitándose mientras la sangre escapaba de su cuerpo y se encharcaba a su alrededor. Ya no veía aquella calavera que él parecía haber sacado del infierno, pero sí seguía escuchando su siniestra e infrahumana carcajada, como si hubiera de acompañarle a las más profundas e ignotas simas del averno.

## CAPÍTULO VII

Todos estaban nerviosos y cansados, muy cansados. Habían buscado a Taffy sin suerte y Bob propuso:

—Me daré una vuelta por la Madriguera a ver si lo encuentro.

—De acuerdo, Bob —aceptó Paul.

Xina, sabiendo que Juliet y Paul estaban muy unidos, propuso:

—Me iré a dormir a la cama de Thelma, así podréis hablar de vuestras cosas.

—No es necesario —protestó Juliet.

—Sí, mujer. Thelma está en París, en estos momentos.

—¿Y su compañera de habitación? —preguntó Juliet.

—No lo sé, quizá también. De todos modos, yo sólo me acostaré en la cama de Thelma. Si viene la holandesa, no creo que se moleste lo más mínimo y ya sabes que esa holandesa duerme de día. Es una mariposa de noche y quizá termine quemándose.

Paul no protestó porque Xina les dejara solos, a él y a Juliet, en la habitación que ambas muchachas compartían; tampoco era la primera vez que se mostraba tan comprensiva.

Cuando Juliet hubo cerrado la puerta, comentó:

—Estarás mejor en esta cama que en la tuya. Con lo que ha sucedido con Michael, hasta es posible que de buena mañana se presenten otra vez los de la policía.

—Me sabría muy mal que Michael muriera, y más después de lo que ha contado Bob.

—Sí, es horrible, pero ya no tiene remedio.

—La bebida, la droga y el susto, todo ha ayudado a que Michael se lanzara por la ventana. Su mente se retorcería en medio de una pesadilla alucinante.

—Y pensar que ese extraño personaje que pagó a Michael quería

contratarte a ti…

—Es cierto. ¿Y por qué se habría fijado en mí?

—Porque eres un buen estudiante de medicina y, al parecer, tenía miedo de que la cabeza quedara estropeada en manos de un bruto inexperto.

—Ni yo me dedicara por las noches a buscar cabezas de muertos…

—¡No, claro que no, qué horrible sería! Yo formé parte del grupo, sin saber lo que hacía y luego he sufrido una pesadilla terrible.

—Todo pasará cuando hayamos devuelto la cabeza a su lugar.

—Para eso hay que encontrar, antes, a Taffy.

—¿Quieres decir que puede haber huido? —interrogó Paul.

—¿Y si Taffy, temiendo complicaciones, se ha deshecho de esa extraña calavera?

—No lo creo, Juliet, no lo creo.

—¿Por qué?

—Taffy no es tonto, yo diría que es un zorro y saca dinero de donde puede. Si sabe que interesa tanto al hombre que pagó por sacarla de la tumba, quizá trate de buscarlo y vendérsela.

—Sí, creo que tienes razón, Taffy es capaz de eso.

—No debes amargarte la vida, Juliet, tú no tuviste la culpa de lo que sucedió. Encontraremos a Taffy, ya lo verás. Ahora es posible que ande lejos, después de lo que nos ha contado Bob. Taffy no querrá ver a la policía merodeando cerca de él.

Paul se acercó a la joven hasta cogerla por los hombros. Ella se dejó besar en los ojos, sobre los párpados, en las mejillas y en el cuello. Era como si Paul dejara los labios para más tarde, para que se fueran humedeciendo, mientras, de ansias de placer, un placer que ella sabía que el hombre podía brindarle.

—Paul, Paul…

—¡Hum! —runruneó sin dejar de besarla, desnudando sus hombros para seguir besándola mejor.

—¿Tú crees en lo fantástico?

—No sé qué tratas de decir.

—Paul, cuando Xina nos ha llamado por teléfono hemos acudido a la hemeroteca para leer lo que había escrito sobre ese mago llamado el Diablo de la Noche.

—No pienses en él ahora, mañana será otro día.

—¿Y si de verdad fuera un prosélito del diablo?

—Tonterías.

Le besó el otro hombro pasando sus labios por delante de su barbilla, por encima de sus pechos.

—Pues nadie, ni los profesionales, se explicaban los efectos que él conseguía. Jamás lograron desentrañar sus trucos.

—Sería muy habilidoso —replicó Paul, que deseaba seguir asomándose al balcón del placer para terminar lanzándose al vacío, perder la sensación de gravedad y así experimentar todas las sensaciones del placer al máximo.

—El Diablo de la Noche no se unía a otros y se dice que participa en oscuras sesiones diabólicas…

—Espiritistas los ha habido siempre.

—Es que él parecía alijo especial, a juzgar por lo que hay escrito en periódicos y revistas. Xina no nos habría llamado por teléfono para que fuéramos a comprobarlo de no ser así.

—Olvida a Xina, ahora.

—Si no es Xina la que me importa, sino ese mago.

—En los periódicos se escriben muchas cosas a las que no hay que hacer demasiado caso.

Paul trataba de borrar de la mente de Juliet todo lo referente al Diablo de la Noche, el extraño mago al que habían arrancado la cabeza tras profanar su tumba.

—Yo creo en alguna de esas cosas. Sé que me llamarás tonta, pero es una intuición. Creo que ese hombre era muy raro, muy diabólico; recuerdo que Bob le dijo a Michael en el panteón…

—¿Qué le dijo? —rezongó Paul, un tanto molesto, mientras desabrochaba la blusa de Juliet y le hacía saltar un lazo.

—Que la calavera le estaba mirando y Michael se asustó mucho.

—Como broma no está mal.

—Es que, ciertamente, parecía mirarle…

—Efectos ópticos. Eso sucede mucho con los muertos, especialmente si han quedado con los ojos abiertos. Siempre parece que estén mirando a alguien y ese alguien se pone nervioso.

—Paul, ¿y si de verdad fuera un ser maligno, ese Diablo de la Noche?

—Pero, si hace tiempo que está muerto…

—Los seres malignos mantienen sus poderes aún después de muertos.

—Tú has visto demasiadas películas de Drácula, eso son idioteces.

—De todos modos, no estaré tranquila hasta que esa cabeza no regrese a su tumba, aunque sólo pensar que hay que volver al cementerio me entra terror.

—Estás obsesionada; lo que sucede es que unos hechos desagradables se han encadenado con otros y tú te has impresionado mucho.

—Paul, Paul, no logro quitarme de la cabeza lo que hicimos. Admito que estoy obsesionada, pero ese mago tenía relación con el mundo de los muertos, así lo dicen los periódicos.

—Tonterías; lo escribieron en plan despectivo.

—Para ti es fácil porque no crees en nada de eso, no eres supersticioso ni crees en el espiritismo ni en fenómenos extraños que, en ocasiones, han puesto el cabello blanco a más de uno.

—Claro que no y ahora, si te relajas, mañana te sentirás mejor después de haber dormido profundamente. Necesitas relajarte…

—No seas cínico, Paul —le recriminó sin fuerza, con una protesta débil que recordaba la de una niña enfurruñada que sabe que no puede guardar rencor a quien va dirigido el insulto.

—A ti te hace falta la compensación de alguien frío emocionalmente, alguien que no crea en todo eso que tú pareces creer para situarte en el justo medio.

Quizá tengas razón —suspiró— quizá sí. El cementerio, lo ocurrido a Michael… Necesito dormir, me tomaré unas pastillas.

—No.

—¿Por qué?

—Las pastillas, en tu caso, podrían ser depresivas.

—Me dormiría.

—Insisto en que es peligroso, no te las tomes.

—Está bien, está bien, no me las tomaré, pero déjame ir al aseo. Vas muy aprisa, Paul, muy aprisa.

Le cogió las mejillas por encima de la barba y le besó los labios con caricias rápidas y juguetonas. Parecía como si Juliet hubiera cambiado de humor repentinamente, como si hubiera barrido las obsesiones que poco antes la torturaban.

Se levantó para dirigirse al asco que estaba en el pasillo y que le pareció más oscuro que nunca. Sintió un escalofrío y miró en derredor. La escalera se le antojó siniestra; era como si no estuvieran en el edificio más que ellos, cuando normalmente allí había bullicio y se protestaba por tal bullicio. Eran muchos a dormir en muy poco espacio disponible debido a la división de los apartamentos en reducidos habitáculos, simples habitaciones con servicios compartidos, a los que había que acceder saliendo de los dormitorios que seguramente habrían sido cerrados por Sanidad de realizarse una inspección más a fondo.

Entró en el aseo y cuando hubo cerrado la puerta, de su bolso extrajo un frasquito del que sacó unas pastillas. Contó hasta cuatro, se las llevó a la boca y mirándose al espejo, se las tragó.

—A dormir, Juliet, que te hace falta.

Cuando regresó a la alcoba, encontró a Paul tumbado en la cama, repasando una lección de Medicina.

—No te pondrás a estudiar ahora, ¿eh? —le preguntó la joven, con voz entre insinuante y burlona.

Paul alzó la vista, apartándola de las páginas en que se repartían los espacios blancos, las letras, los dibujos esquemáticos y las fotografías, para posarse en Juliet que frente a él quedaba alta, esbelta, hermosa y sensual.

Sólo llevaba puestas unas pequeñas *panties* y un sujetador semitransparente en el que se notaba claramente la agresiva anatomía que presionaba la suave tela. El cabello rubio de la joven caía sobre sus hombros y espalda. Juliet sabía que era muy atractiva y el movimiento de sus piernas y caderas, lento y ondulante, resultaba terriblemente sensual.

—Eres maravillosa, Juliet.

Paul hubiera querido decirle que la notaba muy cambiada respecto a unos minutos antes, mas prefirió no volver a mencionar nada de lo ocurrido; tampoco quiso nombrar a Taffy, al que tenían que encontrar para devolver lo robado al panteón.

Soltó el libro y alzando las manos, la cogió por la cintura. Notó entre sus dedos la piel cálida y suave de la mujer que no sólo no se resistió a las maños que se posaban sobre ella si no que jugó con sus caderas, ondulándolas.

—Tengo sueño. Paul, creo que no tardaré en dormirme. ¿Por

qué no me besas, antes de que empiece a bostezar?

Paul se levantó de la cama que, en realidad, era de Xina y estrechó a Juliet contra sí. La besó en los labios y al separarse ya tenía entre sus dedos el sujetador de la muchacha. Los senos femeninos continuaban altos, plenos, orgullosos. Paul notó la tibia piel de los mismos en las yemas de sus dedos, en sus lacios.

Ambos se conocían bien, sabían cómo tratarse mutuamente en el arte del amor, se compenetraban y por ello no tardaron en surgir las vibraciones del éxtasis, los suspiros entrecortados.

Xina hacía esfuerzos por conseguir dormirse en la cama de Thelma, su amiga, que ella sabía que no se hallaba en aquel dormitorio.

Xina también tenía el problema de estar impresionada por todo lo ocurrido en el cementerio y posteriormente a Michael. No era fácil conciliar el sueño. Daba vueltas y vueltas en la cama, casi a oscuras, pues una ventana daba a la calle y por ella entraba una luz tenue, insuficiente, incluso, para moverse sin tropezar, pero que, al fin y al cabo, era una luz.

De pronto, al poner la mejilla sobre la almohada buscando una postura más adecuada para dormirse, pues no cesaba de dar vueltas sobre sí misma, se extrañó al notar una humedad que no resultaba fría. Acercó sus dedos y se tocó la mejilla y la almohada para comprobar que no era una falsa impresión. Notó una humedad espesa y viscosa.

—¡Qué puercos! —se lamentó.

Ladeó la cabeza y entonces, una gota gorda, densa, se estrelló contra su frente. Aquello la irritó tanto, que la hizo saltar del lecho a oscuras. Tanteando, cogió su bata, se la puso y salió del cuarto muy decidida.

Estaba a punto de explotar. No había mirado la cama ni a sí misma en ningún espejo. Sabía que del piso superior había filtraciones, unas goteras que no podían ser de lluvia, sino que eran unas gotas densas y viscosas que trató de quitar de su rostro restregándose con la manga de la bata.

Subió aprisa, pisando fuerte los peldaños, hacia el piso superior que era el último. Allí se abría la puerta de otro habitáculo y la trampilla por la cual se accedía a la buhardilla, pero a la que había que subir por los peldaños de hierro fijados a la pared.

Xina se encaró con la puerta del dormitorio y llamó con los nudillos, primero.

—¡Abrid, puercos!

Nadie respondió. Golpeó entonces con el puño, lamentándose de que no atendieran a su furiosa llamada, cuando la puerta, una puerta tan vieja y maltrecha como el resto del edificio, cedió. Xina quedó un tanto dubitativa ante la oscuridad de la estancia. No parecía haber nadie dentro.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Entró en el dormitorio y encendió la luz eléctrica. Pudo comprobar con sus propios ojos que no había nadie. Se adentró en el cuarto sin cerrar la puerta.

—A ver qué se habrán dejado —masculló, molesta.

Parecía como si todo su cúmulo de malos humores e irritaciones quisiera concentrarlos en aquella extraña gotera que le había ido a caer encima de la cabeza.

Los que dormían allí debían estar en la Madriguera o en otra parte. No parecían tener prisa por recuperar sus lechos pese a que ya no faltaba mucho para la amanecida.

El suelo era de madera como los tres últimos pisos del edificio, ya que sólo eran de obra los pisos bajos, los principales en aquellos tiempos, ya que era sabido que la servidumbre se instalaba en los pisos superiores, considerados de inferior calidad.

Entre dos camas, Xina descubrió un charco en el suelo, un charco sobre la madera, porque a aquel suelo no se le podía llamar parqué porque no lo era. Xina quedó perpleja; el charco era amplio, rojo oscuro.

—Sangre…

De pronto, se rompió la quietud del charco por una gota gruesa y grande que cayó sobre él, obligando a Xina a levantar la mirada hacia el techo.

—Dios mío, si es en la buhardilla y ha pasado a este piso antes de caer en la cama donde yo estaba, pero es sangre.

Se volvió y se encontró con un espejo un tanto roto y deslucido, pero en el que se pudo reflejar.

—¡Qué horror, que asco! —exclamó tras ahogar un grito al ver su rostro manchado por la sangre que había caído sobre el lecho, mientras trataba de conciliar el sueño sin conseguirlo.

Asustada, corrió hacia la puerta. Debía pedir ayuda, tenían que subir a la buhardilla para ver lo que allí ocurría, pues la cantidad de sangre era escandalosa.

Bruscamente, la irritación dio paso al miedo. Era como si, de pronto, hubiera adquirido conciencia de que la sangre no era algo abstracto y sucio, sino que tenía que pertenecer a un ser que podía estar agonizando o que quizá ya estaba muerto, muerto, muerto…

Se horrorizó ante el espejo y su reacción inmediata fue echar a correr hacia la escalera. Al pretender rebasar la puerta, se encontró con una sorpresa inesperada que vino a hundirse en su pánico como una daga candente, hurgando en sus entrañas.

Un hombre con una extravagante chaqueta de lana de cheviot, sombrero hongo sobre la cabeza y un rostro que semejaba distorsionado, grotesco y repelente a la vez, la miraba fijamente mientras en su mano balanceaba una temible garrota.

—Tú eres Xina, ¿verdad?

—¿Qué…? ¡Auxilio!

La garrota se levantó para volver a caer, contundente y feroz, sobro el cráneo femenino que, incapaz de sostenerse, se desplomó a los pies de su atacante.

# CAPÍTULO VIII

Xina tuvo la desagradable, la horrible impresión de hallarse en medio de un océano embravecido. Olas como montañas se alzaban ante ella, oscuras y siniestras, para luego caer sobre su cabeza tratando de hundirla en las profundidades abismales, allá donde la luz no llega jamás y donde se dice que habitan los grandes monstruos marinos desconocidos para el hombre. Algo así como un infierno frío, pero igualmente tenebroso.

—¡Ah, ah…!

—Vamos, despierta, no tengo mucho tiempo.

Xina movió la cabeza a derecha e izquierda: la sacudió como si acabara de salir de una piscina y el agua que la empañaba le pareciera fría. Chorreaba.

Abrió los ojos empañados por el agua que le habían arrojado a la cara, distorsionada su visión por la propia agua que se le había filtrado entre las pestañas.

Divisó unas brillantes campanas de cristal en cuyo interior había depositadas calaveras humanas. Aquello la asustó aún más, no estando segura todavía de si se hallaba inmersa en una terrorífica pesadilla o acababa de despertar en un lugar desconocido y siniestro.

—No temas, ya están muertos; la mayoría de ellos, hace décadas, los hay que siglos. Es una preciosa colección única en el mundo —explicó la voz de un ser que se había colocado detrás de Xina, una voz que le resultaba desconocida.

—¿Qué es esto? —preguntó, dándose cuenta de que permanecía sentada en una butaca de madera de alto respaldo, una butaca muy pesada.

Su cuerpo estaba sujeto al respaldo por una cuerda; sus brazos, a

los propios brazos del asiento y sus piernas, a las patas de madera, de tal forma que no tenía posibilidades de moverse ni pura volver la cabeza hacia atrás, ya que su nuca se encajaba entre dos barrotes de madera del respaldo y la presión la inmovilizaba, pese al almohadillamiento que podía representar su abundante y hermosa cabellera negra.

—¿Has visto alguna vez algo semejante, pequeña?

—¿El qué? —balbució.

—¿Qué va a ser? ¡Las calaveras, estúpida!

Xina no podía dar crédito a lo que estaba viendo. ¿Cuántas calaveras había allí, en sus respectivas campanas de cristal? Muchas, no las había contado, pero eran muchas, una colección de despojos terroríficos, mimados por un ser demente, por un necrocoleccionista.

—Ahí donde los ves, han sido seres importantes, cada uno en su especialidad, el arte, la Ciencia, la Guerra, la Política… Todos han destacado por una causa u otra y destacar de una forma que la posteridad te recuerde, no es fácil. ¿Cuántas tumbas guardan unos despojos sin la calavera que les corresponde? ¿Cuántos féretros contienen calaveras artificiales para que no se note la falta de la auténtica, si son abiertos por alguna causa? Esto es el fruto de una colección constante, de un largo trabajo que comenzó mi abuelo. Mi padre no tuvo valor para continuarla, pero yo sí. Mi abuelo me explicó muchas cosas sobre cada una de las calaveras. Yo veía la faz ósea y sabía dónde había vivido y qué había hecho durante su vida. Mi abuelo consiguió que me apasionara por una colección tan original. Él tenía, ya, piezas muy importantes y yo debía seguir enriqueciéndola. No se trataba de coleccionar calaveras vulgares, no, nada de eso, calaveras que se pueda demostrar que son auténticas y que pertenecieron a personajes famosos, porque si abren sus tumbas, notarán la falta.

Xina no podía verle mientras hablaba, porque aquel hombre permanecía a su espalda. En cambio, las calaveras quedaban iluminadas por una luz focal que el hombre debía mover para que la muchacha pudiera contemplar mejor las siniestras calaveras que quizá algún día tuvieran una expresión inteligente, hermosa o quizá perversa; pero ahora se parecían todas unas a otras. Cuencas vacías, los huecos de la nariz… Quizá la mayor diferencia estuviera en la

boca, más o menos dientes en los maxilares. Y lo cierto es que ninguna resultaba tan siniestra como la del Diablo de la Noche, la que sacaran del panteón.

La cabeza lo dolía terriblemente. Estaba segura de tenerla herida, mas no podía pasar la mano por su rostro ni por el cráneo que parecía hallarse dentro de una prensa que le oprimía y oprimía.

—¿Que quiere de mí, por qué me ha traído aquí?

—¿Por qué? —se rió sordamente.

—¡Aaggg!

Xina no pudo contener el grito de terror al ver ante sus ojos, casi tocándole la piel, una calavera que parecía querer atacarla.

—No temas, ya no muerde, pero debería hacerlo. ¿De dónde la sacasteis? ¡Vamos, dilo!

La voz del extraño sujeto, quizá un demente, se había vuelto dura, apremiante, amenazadora.

—No sé de qué me habla, no sé, no sé.

—Sí lo sabes. Ésta no es la calavera de Horacio Conwell Harrison, soy un experto en estos asuntos. Esta calavera tiene por lo menos diez años de muerte y, además, es de mujer.

Tras decir aquello, arrojó la calavera al suelo, violentamente.

Xina hubiera querido saltar, mas no podía huir, estaba bien atada a la butaca de madera y sentía un miedo espantoso. Aquel hombre al que comenzaba a recordar haber visto al intentar salir de la habitación que tenía el charco de sangre y que ahora no se dejaba ver, la había golpeado en la cabeza con una garrota. A todas luces era un individuo sin escrúpulos, capaz de todo y ella, con sólo la bata puesta, amarrada a la silla, estaba totalmente en sus manos.

—¡Déjeme, déjeme marchar!

—Tú estuviste en el cementerio.

—Sí, pero yo sólo les acompañaba. Yo no quería entrar en el panteón.

—Pero estuviste, yo os vigilaba. Abrí las puertas, lubriqué los goznes, vi que entrabais y luego, cuando creí que me entregabais la cabeza de Horacio Conwell Harrison, el Diablo de la Noche, me disteis una falsa. ¿Por qué, por qué?

—Fue una broma, yo no sabía nada, se lo juro, nada.

—¿Una broma? —Aquel sujeto parecía incrédulo.

—Michael tampoco lo sabía.

—¿No?

—No, se lo juro, no lo sabía. Él también sufrió la broma; por eso está en el hospital.

—Sí, ya me han contado que se lanzó por la ventana. No debí confiar en él, se vela que era un cobarde, pero ¿y la cabeza, dónde está la cabeza del Diablo de la Noche?

—No lo sé.

—No lo sé, no lo sé… ¿Por qué crees que te he traído aquí, quieres que te convierta en una calavera más de mi colección? Abajo tengo un sótano lleno de ratas; si te dejo atada allí, ¿cuánto tiempo crees que tardarías en quedar como esas calaveras? No tendrías ni ocasión de pudrirte, esos malditos roedores siempre están hambrientos, siempre.

—La calavera del Diablo de la Noche, la tiene Taffy.

—¿Taffy?

—Sí, él la tiene. Juliet, Paul, Bob y yo lo hemos buscado para pedirle que regrese la cabeza robada al panteón, a su lugar, pero no lo hemos encontrado.

—¿Por qué no? ¿Acaso se ha marchado?

—No lo sé.

—Me habéis engañado. Yo os pagué buenas libras por un trabajo y rae habéis engañado, esto es una estafa…

—¡Yo no tengo la culpa!

—¿Y dónde diablos está ese Taffy?

—No lo sé.

—Tú no sabes nada, eres una perfecta estúpida; pero no voy a consentir que nadie se ría de mí. Pagué por la calavera de Horacio Conwell Harrison y la quiero, la necesito para mi colección.

—Es que yo no sé dónde la tiene Taffy. Déjeme ir y la buscaré.

—No, tú no sales de aquí hasta que yo tenga la calavera, no volveréis a tomarme el pelo. Os justan las bromas, ¿eh? Pues yo os puedo gastar, también, alguna a vosotros, claro que sí.

—Déjeme ir, yo no sé nada, se lo juro, déjeme ir —suplicó Xina por enésima vez.

—Tú estabas con los demás y vas a ayudarme a recuperar lo que me pertenece porque he pagado por ello.

—Busque a Taffy, él se la dará. Sólo quería gastarle una broma a Michael, sólo eso.

—Vas a llamar a tu amiga, se llama Juliet, ¿verdad?

—Sí, pero ella tampoco sabe nada.

—Ella buscará a ese Taffy y recobrará la calavera: tú vas a llamarla, ahora.

—¿Yo? ¿Y qué voy a decirle?

—Que busque a Taffy, que le exija la calavera y la meta en una caja. Después, que espere a que tú la llames de nuevo y que si dice algo, no te volverá a ver más. ¿Lo has comprendido?

—Sí —asintió Xina, penosamente.

Aquel individuo colocó el teléfono detrás de Xina, ella pudo oír hasta cómo lo desahorquillaba.

—Ahora me irás dando el número de tu amiga y yo lo discaré. Rápido y no te equivoques.

—Si no puedo coger el auricular…

—No te hará falta, yo lo sostendré y es mejor que no hagas ningún esfuerzo por verme la cara. Nadie va a identificarme para hacerme chantaje después, de modo que si me ves no saldrás viva de este lugar. Te hago un favor ocultándome.

—Pero si… —se calló.

—¿Ibas a decir que ya me has visto? —se rió sordamente—. No lo creas, cuando me presenté a ti, o a Michael, me desfiguré el rostro con unas prótesis bucales que deforman toda la cara. Es muy difícil que pueda ser reconocido: ahora, ve dictando cifras…

El timbre del teléfono sonó, estridente, en la habitación de Juliet. El ruido pareció muy fuerte a la joven artista, semejaba que el auricular fuera a saltar de su lugar. Estiró el brazo y consiguió coger el teléfono.

Juliet estaba al borde del lecho, casi a punto de caerse. La cama era amplia, pero para una sola persona, y en ella estaban dos. Paul estaba tras ella, casi pegado a la pared y gruñendo:

—Corta ese ruido de una vez.

—¿Diga? —preguntó Juliet llevándose el auricular al oído, siempre sin abrir los ojos, medio dormida aún. A través de la recia cortina de la ventana se filtraba la luz del nuevo día.

—¡Juliet, Juliet!

—Hum… ¿quién llama?

—Juliet, soy Xina, Xina —aclaró, apremiante, casi en tono de súplica.

—¡Ah, sí, Xina!, ¿qué pasa, quieres buscar algo en la habitación? No te preocupes, ahora nos levantamos.

Paul rezongó:

—¿Qué le pasa, ahora, a Xina?

—Calla, calla…

—¿Qué dices, Juliet? —inquirió Xina al otro lado del hilo.

—Nada, no hablaba contigo. Bueno, si quieres entrar llama y te abriré la puerta, no hacía falta que telefonearas.

—Juliet, escucha, estoy en problemas.

—¿Te hacen falta unas *panties*?

—Juliet, me han raptado, escucha bien, me han raptado, no es ninguna broma.

—¿Raptado, estás segura?

—Juliet, te lo suplico, despierta y atiéndeme. Necesito ayuda o me matarán.

—¿Te matarán?

—¿Qué dice, que la matarán, qué ocurre? —interrogó Paul incorporándose por encima de la espalda desnuda y cálida de Juliet.

—Juliet, escúchame bien, no puedo hablar mucho…

—Sí, sí, te escucho. ¿Dónde estás?

—No lo sé. Estoy en poder del hombre que pagó a Michael por la calavera del Diablo de la Noche. Se ha dado cuenta de que la que le entregó Michael era falsa y exige la auténtica.

—Pero, si la tiene Taffy…

—Ya se lo he dicho y él exige que la encontremos.

—¿Qué pide? —preguntó Paul en voz baja.

—La calavera del mago… ¿No es eso, Xina?

—Sí, sí. Tenéis que buscar a Taffy y hallar la calavera sin decir nada a la policía. Este hombre me matará si aparece la policía, estoy segura de que lo hará, —dijo, con una voz suplicante que a Juliet le pareció muy convincente.

—Está bien, buscaremos a Taffy y le pediremos esa maldita calavera que tantos problemas nos está causando.

—¡Buscadla pronto!

—Y cuando la tengamos, ¿qué?

—Esperad junto al teléfono, yo volveré a llamar dentro de cuatro horas y os indicaré adónde tenéis que llevarla. Esperad junto al teléfono dentro de cuatro horas, no lo olvides —insistió, con voz

entrecortada por el miedo— me va a costar la vida si no lo haces y no llames a la policía, te lo suplico, no la llames…

—¿Qué pasa? —preguntó Paul.

—Ha colgado… —musitó Juliet, sombría, mirando el auricular del que ya sólo escapaba un continuo pitido.

# CAPÍTULO IX

Paul quiso asegurarse de que Xina había sido efectivamente raptada por el desconocido que pagara a Michael por robar la cabeza de la tumba; un robo cargado de morbo.

La puerta del habitáculo donde Xina debía haber pasado la noche, estaba entornada.

—No puede estar aquí, Paul.

—Sí, ya lo supongo, pero es mejor dar un vistazo por si hay algún rastro y quizá convenga avisar a la policía.

—A Scotland Yard no, Paul, no; Xina ha dicho que la mataría y si es un psicópata como parece, lo hará, no lo dudes. Un hombre que colecciona calaveras es que está loco.

—Sí, es posible.

Se adentraron en el dormitorio. Una cama estaba hecha y, sobre la misma, había diversas prendas femeninas.

—Mira, es su ropa —señaló Juliet.

—Se habrá puesto otra.

—No, imposible.

—¿Por qué imposible? —preguntó Paul, mirando la ropa y luego a Juliet.

—Porque toda su ropa está en la habitación de la que nosotros acabamos de salir.

—¿Quieres decir que se la ha llevado desnuda? Aquí veo hasta sus *panties*.

—No sé, no sé, quizá lleve un camisón o una bata, no si, pero ya es raro que aquí esté su ropa… ¡Mira, Paul, mira!

Señaló la cama con auténtico terror. La almohada aparecía materialmente empapada de sangre.

—Me temo, Juliet, que no quedará otro remedio que avisar a

Scotland Yard, esto se pone feo, muy feo.

—Paul, ¿crees que esta sangre es de Xina? —exclamó y preguntó al borde del sollozo, espantada por lo que acababa de descubrir.

—No puede ser de Xina —opinó Paul, de forma razonada.

—¿Por qué?

—Hay demasiada sangre, es producto de una herida muy grave y tú acabas de hablar con Xina por teléfono.

—Sí, seguro que era ella.

—Entonces, hay que buscar otra explicación a esto.

Juliet, desconcertada, rehuyendo mirar la almohada empapada en sangre, preguntó:

—Pero ¿qué puede ser?

Paul alzó la mirada y clavó sus ojos en el techo, sobre la verticalidad de la almohada.

—Mira.

—No veo nada.

—La sangre está ahí, pero ha venido del piso superior. Es posible que Xina abandonara la cama a causa de esta sangre que caía sobre ella; quizá ha sido la forma de hacerla salir de la habitación.

—¿Estará arriba?

—No lo sé, vamos a verlo.

Salieron del dormitorio y Juliet cerró la puerta tras de sí en forma instintiva. Ascendieron los peldaños hasta el piso superior. La puerta del cuarto estaba entornada. Paul no hizo ninguna llamada previa y penetró en él.

—¿Hay alguien? —preguntó Juliet al propio Paul.

—No, pasa.

Buscaron ávidamente y fue Juliet quien descubrió la mancha en el suelo, una mancha húmeda que había dejado que la sangre se filtrara entre las rendijas de las maderas del suelo hacia el piso inferior.

—Es aquí.

—Pero tampoco hay nadie, Juliet. —Volvió a mirar hacia el techo y exclamó—: Ha caído de arriba.

—Si arriba ya no hay más habitaciones…

—Habitaciones, no, pero está la buhardilla. Arriba encontraremos la solución a este reguero de sangre que ha ido filtrándose piso a piso hasta caer en la cama donde dormía Xina.

—¿Qué puede haber sido?

—No lo sé, pero es preferible que tú no subas.

—Voy a subir —manifestó Juliet resuella, aspirando hondo.

—Te advierto que nos podemos encontrar con algo muy desagradable.

—Yo no me quedo sola aquí.

—Está bien, sube tras de mí y estate preparada para lo peor.

Le agarró por la pernera del pantalón, mientras él subía por los peldaños de hierro lijados a la pared.

—¿Crees que Xina estará ahí?

—No creo nada, sólo voy a ver de dónde ha salido la sangre.

Siguió subiendo, levantó la trampilla y asomó la cabeza en la buhardilla. Olía a humedad y entraba luz por el ventanuco abierto con el cristal roto. Todo estaba revuelto y no es que debiera haber un orden para los trastos que allí se acumulaban, maderas, algunos muebles inservibles y cajas. Paul ya caminaba por la buhardilla y la muchacha asomaba a la misma, cuando él pidió:

—No subas más.

—¿Por qué?

—Es mejor que no subas.

Ya era tarde. Como espoleada por la curiosidad, pese a temer encontrarse con algo horrible, Juliet llegó a la buhardilla.

—¡Dios mío, Taffy!

—Te he dicho que no subieras.

Juliet volvió la cabeza para no ver a Taffy que vacía en el suelo de la buhardilla, justo debajo de la ventana, sobre los cristales rotos. Había quedado con los ojos abiertos, como queriendo ver hasta el último instante de su vida. Había sangre en el suelo, en su rostro, en todo su cuerpo. Paul se acercó con cautela para no tocar nada; era consciente de que habría que avisar a la policía.

—¿Cómo ha podido suceder?

—Tiene las muñecas cortadas y también las comisuras de los labios. Es como si en un rapto de enajenación mental se hubiera suicidado, cortándose con uno de los cristales las muñecas y la boca.

—¿Suicidado?

—Es lo que parece; pero será la policía quien lo determine. Yo no voy a tocarle ni los ojos, no hemos de tocar absolutamente nada.

—Primero Michael, ahora él… Es como la maldición de esa repugnante calavera. ¿Habrá tenido remordimientos por lo que le pasó a Michael?

—No sé hasta qué punto —replicó Paul—. Taffy no era hombre de remordimientos; no obstante, siempre queda la duda. Quién sabe lo qué le habrá podido atormentar para hacer algo tan horrible.

—¿Y si no ha sido un suicidio?

—¿Piensas en un crimen?

—Después de la llamada de auxilio de Xina, no sé. Ella asegura que la pueden asesinar, Paul, tengo mucho miedo.

Él la abrazó, notó que ella necesitaba que la abrazaran para infundirle confianza; luego, la sacaría de la buhardilla y llamarían a la policía, pensaba, cuando Juliet sufrió una súbita contracción y ahogó un grito.

—¿Qué pasa. Juliet?

—¡Mira!

Sobre los papeles arrugados destacaba algo repugnante y siniestro a la vez.

—¿Es la calavera del mago? —inquirió Paul.

—Sí, la cabeza del Diablo de la Noche, es ella, no cabe duda. Yo la vi en el cementerio, es horrible.

—Ya la hemos encontrado —gruñó Paul, yendo hacia ella y tomándola entre sus manos.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevármela.

—¿Adónde?

—Tenemos que salvar a Xina. ¿Te has olvidado?

—No, claro que no me he olvidado, pero si la policía interviene…

Este asunto de la calavera lo dejaremos al margen de la policía, mientras no ocurra nada más grave. Piensa que si la justicia descubre lo que hicisteis, tú y Xina vais a tener problemas con la ley. Nos llevaremos la calavera y se la entregaremos a ese loco que la pide para su colección; de esta forma evitaremos que a Xina le ocurra algo malo.

—¿Y Taffy?

—Cuando hayamos sacado la cabeza de aquí, avisaré a Scotland Yard, yo me encargo de ello.

—¿Qué haré yo, mientras?

—Buscaremos a Bob. Iréis a mi coche, esconderéis la cabeza en él y tú regresarás a la habitación y esperarás junto al teléfono.

Paul observó, por unos instantes, la calavera a la que había adheridos grandes fragmentos de piel grisáceo-amarillenta, pero lo que más repugnaba eran sus cabellos blancos todavía prendidos al cráneo. Al tocarlos, se desprendían y quedaban pegados a las manos como si fueran unos cabellos muy sucios.

Dándose cuenta de que la visión de aquel despojo humano molestaba, repugnaba y casi espantaba a Juliet, metió la cabeza en una de las cajas que encontró por el desván y después la cerró.

—Vamos —dijo.

—Aprisa, aprisa…

Descendieron por la escalera. Paul deseaba llegar al coche con la caja de cartón. Nadie les vio en toda la escalera, pero al llegar al *hall*, junto a la puerta de salida, una figura a contraluz se les enfrentó:

—¡Hola!

—¡Bob! —exclamó Juliet.

—No he encontrado a Taffy —dijo el grandullón de Bob.

—Nosotros sí —respondió Paul.

—¿Ah, sí? —Miró la caja de cartón que llevaban sus amigos y preguntó—: ¿Está ahí dentro la calavera?

—Sí —asintió Juliet, espontánea.

—Mira, Bob, tenemos mucho que hablar. Toma, Juliet —le alargó la llave de su «Volkswagen»—, guárdala en el portaequipajes.

—Sí, ahora mismo.

—Luego ya sabes, regresa a tu cuarto.

—Pero ¿qué es lo que ocurre? —inquirió Bob, mirando a uno y a otro alternativamente—. ¿Y Taffy?

—Taffy ha muerto —respondió Paul—. Ahora voy a avisar a Scotland Yard.

—¿Muerto, seguro?

—Sí —asintió Paul, mientras Juliet se alejaba con la caja hacia el coche—. Pero tú no vas a decir nada de esa calavera y tampoco de lo que ocurrió en el cementerio; saldréis perjudicados todos. Este asunto se pondría muy feo y los periódicos se hincharían de hablar de él. Unos ladrones de tumbas, unos profanadores del cementerio y

luego…

—Sí, y luego dos muertos.

—¿Michael? —interrogó Paul frunciendo el ceño, inquisitivo.

—Sí, he pasado por el hospital antes de venir. Ha muerto, no ha resistido.

—Era de esperar. No se lo digas a Juliet, ahora, no se lo digas hasta que todo pase, ¿comprendido?

—Sí, no diré nada, pero ¿cómo ha muerto Taffy?

—Creo que se ha cortado las venas, aunque será el juez quien lo determine. No aparezcas por aquí para que no te hagan preguntas y, si te las hacen, habla de Taffy, pero no hagas alusión a lo del cementerio.

—De acuerdo, yo tampoco tengo ganas de verme complicado.

—Bien, ahora márchate.

Lo que Paul ignoraba en aquellos momentos es que Bob iba a tomar el primer tren para Liverpool. Dos muertos eran ya demasiados y aunque él no tenía demasiadas luces, no quería pasar a ser la tercera víctima en todo aquel embrollado asunto. Una muerte se encadenaba a otra, y la calavera siempre aparecía como nexo de unión entre los eslabones.

# CAPÍTULO X

Juliet, con los nervios tensos, oyó llegar a la policía, escuchó los apresurados pasos por la escalera. Eran muchos arriba y abajo.

Se tendió en la cama junio al teléfono, dejando preparado un bloc y un bolígrafo por si tenía que escribir algo cuando la llamaran. Los minutos se hacían eternos Afuera, en la escalera, seguían escuchándose voces distintas.

Llegaron algunos periodistas. Pulsaron el timbre de su puerta y ella no se molestó en abrir. No quería ser molestada para poder estar junto al teléfono cuando éste sonara. Si el que llamaba a la puerta era Paul, haría su contraseña acostumbrada.

Sólo hacía que mirar el teléfono y, para ella, el tiempo no parecía pasar jamás; se había olvidado incluso de que tenía hambre y de que necesitaba comer. Por la escalera no cesaba de pasar gente. Juliet fue tratando de adivinar.

—El juez, los fotógrafos, los camilleros… ¿Se habrán llevado ya a Taffy? Pobre Taffy…

No quería atormentarse, mas no podía evitarlo. Al fin, pese a haberse pasado horas esperándolo, el timbrazo del teléfono la sobresaltó. Se volvió hacia él y lo miró como algo extraño, algo que hubiera surgido, de pronto, ante ella, para asustarla; sin embargo, siempre había estado allí, sobre la mesita. Sonó cuatro veces antes de que ella descolgara el auricular.

—¿Diga?

—¡Juliet!

—¡Xina!

—Juliet, Juliet, ¿has encontrado a Taffy?

Con voz apagada, asintió:

—Sí.

—¿Y la cabeza?

—Ya la tengo.

Juliet tuvo la impresión de que al otro lado del hilo. Xina, que semejaba aterrorizada, suspiraba de alivio.

—Juliet, atiende bien, ¿me escuchas?

—Sí, sí, te oigo. ¿Adónde tengo que ir a buscarte?

—Haz lo que te diga… Lleva en la caja de cartón lo que piden y ve a Portobello Road. Quédate delante de la tienda Old Watches, estate allí con la caja entre las manos y te recogerán en un coche.

—¿Quién?

Sonó el pitido continuado, acababan de colgar. Xina ya no podía darle más detalles, seguramente su raptor había cortado la comunicación porque ya le parecía suficiente.

Juliet respiró hondo y miró en derredor como si deseara encontrar a Paul, lo cual era materialmente imposible parque no estaba allí.

Tomó su bolso en el que guardaba las llaves del «Volkswagen». Salió del apartamento y miró hacia lo alto, había un *bobby* de servicio.

Descendió al vestíbulo y allí vio a otro agente. Dándole naturalidad a la situación le abordó para preguntarle:

—Oiga, ¿ha visto a Paul?

El policía, tras saludarla, mostró extrañeza y preguntó:

—¿Paul? Yo no tengo el servicio de esta zona, señorita.

—¿Qué hace aquí, entonces?

—Es que estoy de vigilancia. —No quiso explicar más.

—Busco a Paul Evans; mi amigo se llama Paul Evans.

—¿Paul Evans? ¡Ah, sí!; está en la comisaría haciendo una declaración.

—¿En la comisaría, por qué?

—Creo que es testigo. No puedo decirle más, señorita, lo siento —respondió el agente, muy amable.

—Si viene por aquí y pregunta por mí, por Juliet, dígale que le tenido que salir; me ha llamado mi amiga Xina.

El policía sonrió y contestó:

—Si me lo pegunta se lo diré.

Juliet se daba cuenta de que al policía lo que acababa de oír le parecía muy trivial, pero no se lo hubiera parecido tanto de saber

de qué se trataba. Xina había sido raptada por un demente con la pasión necrocoleccionista de reunir calaveras de personas que, en vida, fueran célebres.

Juliet tenía dificultades en disimular, su nerviosismo. No podía ir a buscar a Paul a la comisaria, se complicarían las cosas. Xina le había advertido que no diera aviso a Scotland Yard porque su vida corría peligro y estando en manos de un demente no le cabía duda alguna.

Al volante del «Volkswagen». Juliet se dirigió a Portobello Road. No conocía el comercio de Old Watches, mas estaba segura de que no tardaría en encontrarlo. Conducía con notable nerviosismo; por otra parte, tampoco era una experta del volante, se defendía, aunque rara vez conducía, por ello en varias ocasiones estuvo a punto de colisionar con otros vehículos.

Le dijeron varias cosas que ni siquiera oyó, absorta como estaba en sus pensamientos, tenía ganas de concluir con todo aquel asunto que le repugnaba. Hubiera preferido que Paul regresara la cabeza al ataúd de donde había salido, pero si aquel demente coleccionista la quería para sí y estaba en peligro la vida de Xina, ella no dudaría en entregarla.

Cuando llegó a Portobello Road, aminoró la marcha.

La calle no estaba demasiado concurrida, era por la tarde, y no sábado, y para Portobello Road el sábado era precisamente su punto álgido. Juliet miraba a derecha e izquierda hasta que descubrió el establecimiento que buscaba.

—Old Watches, al fin.

Siguió adelante y aparcó en una calle lateral. Abrió el portamaletas, sacó la caja de cartón y cerró el coche, dirigiéndose a pie hacia la tienda. Lo hizo, nerviosa, mirando a un lado y a otro, esperando que apareciera el hombre que debía recoger la maldita caja conteniendo la odiosa calavera, una calavera sin duda maligna a juzgar por la sangre que ya se había derramado desde que profanaran la tumba.

Encarada con la calzada y con la caja en su mano, sólo tenía que esperar. Su figura alta y esbelta, joven y rubia, destacaba en la acera y más de un hombre se acercó a decirle algo sucio al oído. Juliet no tenía deseos de escándalo y no les hizo el menor caso, ni siquiera replicó. Se limitó a fulminarlos con una mirada de

desprecio.

Un taxi se acercó lentamente a ras de bordillo. Al llegar a la altura de la joven, el chófer asomó la cabeza y preguntó:

—¿Es usted Juliet?

—Sí.

—Suba atrás.

Juliet, nerviosa, miró a un lado y a otro; al fin, se decidió a abrir la portezuela y subió al coche que reanudó la marcha, alejándose de allí.

—¿Quién le envía?

—Un caballero ha pagado la carrera, y me ha pedido que la recoja.

Juliet sabía que corría el riesgo de pasar por tonta, mas se aventuró a preguntar:

—¿Adónde me lleva?

—Vamos, monada, ¿es que no te da lo mismo? ¿Cuánto le vas a cobrar?

La muchacha comprendió que el taxista la había tomado por una *call-girl*. Deseó darle una bofetada, pero ¿de qué iba a servir? Prefirió callar y dejarse llevar.

Comenzó a lloviznar y el chófer accionó el limpiaparabrisas que inició su monótono zum-zum. Juliet seguía muy nerviosa y no sabía exactamente qué hacer. Se dejaba llevar y no sabía adónde. La angustia le encogía el estómago y temía por la vida de Xina en manos de un psicópata.

El taxi se había acercado a Hyde Park y se detuvo en un área de estacionamiento donde había otros automóviles.

—¿Hemos llegado? —preguntó Juliet, impaciente.

—Un momento —le dijo el chófer, volviéndose hacia ella.

Al hacerlo, apareció en su mano un frasco de *spray* con el que roció el rostro de la joven, cogiéndola por sorpresa.

—¿Qué es esto?

Juliet se cubrió la cara, mas no pudo evitar quedar rociada por el imprevisto y traicionero ataque. Los ojos le escocieron. Quiso acercarse a la portezuela para escapar, pero el chófer volvió a rociarla más e incluso llegó a golpearla con la propia botella de *spray*. Juliet cayó de costado en el asiento y todo se volvió turbio para ella; incluso los sonidos llegaron distorsionados a su cerebro.

Quería pedir ayuda, escapar; sin embargo, la voz no salía de su garganta, el *spray* era narcotizante.

El falso chófer de taxi, inclinándose por encima del asiento, cogió la caja de cartón y, con mirada obsesiva, la abrió para ver su interior y comprobar que no era engañado por segunda vez.

«Al fin, al fin te tengo; tú si eres la auténtica», le dijo, con una satisfacción maligna al descubrir la calavera de Horacio Conwell Harrison, el mago apodado el Diablo de la Noche.

Satisfecho, cerró la caja y salió del coche. Aprisa, bajo la lluvia, corrió hacia otro automóvil aparcado en aquel lugar, un coche grande y lujoso en el que se introdujo. Al poco, encendía el motor poniéndolo en marcha para salir del estacionamiento llevándose lo que había deseado conseguir.

Lo que no vio el falso taxista era que otro taxi se había detenido a poca distancia y se quedaba observando lo que ocurría. Dentro del vehículo, Paul pagó la carrera y corrió hacia el otro taxi aparcado. Descubrió a Juliet tumbada en el asiento posterior; todo el coche olía fuertemente a narcótico.

—¡Juliet, Juliet!

La joven no respondía. Como que Paul constató que se trataba de un narcótico, pasó al volante del coche donde estaban colocadas las llaves de contacto y lo puso en marcha, saliendo en persecución del lujoso auto que viera huir. Le llevaba ya una considerable ventaja, podía escapársele, mas Paul no perdería la oportunidad de seguirlo y apretó el acelerador aumentando peligrosamente la velocidad del taxi mientras atrás se movía Juliet inerte.

Las ventanillas del coche estaban abiertas y el aire, mezclado con gotas de lluvia, entraba en gran cantidad, desalojando los restos de narcótico que quedaban. Paul no tenía tiempo de preocuparse por Juliet, estaba convencido de que ella sólo se hallaba narcotizada y que no le ocurría nada más. Despertarla sólo sería cuestión de esperar a que le pasara el efecto y lo importante para él era alcanzar al fugitivo que se llevaba la calavera robada en el cementerio.

Xina estaba en sus manos y si le perdía la pista sería muy difícil volver a encontrarla y, posiblemente, salvar la vida de la muchacha.

La lluvia dificultaba la persecución por la City y el día se oscurecía por momentos. Paul había perdido de vista a aquel

demente que coleccionaba calaveras y no le quedaba otro remedio que dejarse guiar por su intuición mientras corría el riesgo de ser detenido por la policía y acusado del robo de un vehículo público, lo que evidentemente complicaría aún más las cosas.

# Capítulo XI

El automóvil del extraño necrocoleccionista se introdujo en el parque de una suntuosa mansión, a poca distancia de la ribera del Támesis. Era una mansión antigua que, en su día, debió brillar con esplendor, pero que ahora se veía abandonada.

La jardinería era inexistente y las malas hierbas crecían altas y robustas como las plantas nobles que veían invadido su terreno.

Aquel extraño individuo se apeó del auto llevando la caja de cartón entre las manos y se introdujo en la casa; una casa enorme para un hombre solo y demasiado vieja para ser restaurada sin verse obligado a invertir en ella grandes sumas de dinero. No obstante, la casa podía ser apetecible para una urbanizadora moderna que podía edificar, allí, un polígono de lujosos apartamentos, contando siempre con arrasar la mansión hasta los cimientos y aprovechar para el edificio gran parte del propio parque.

El coleccionista se introdujo por una puerta y descendió al sótano. En él se abría una puerta de madera de escasa importancia, pero, tras ella, había otra de acero que más parecía la puerta de la caja de caudales de un Banco.

Ansioso, giró las ruedas numeradas y después tiró de la palanca abriendo la puerta de seguridad, una puerta que daba acceso a su santuario, a la estancia donde guardaba su extraña y macabra colección de calaveras de famosos.

Xina seguía atada a la butaca de madera, tan bien sujeta, que no podía moverse, tenía la sensación de que brazos y piernas se le habían dormido y la joven había gritado hasta enronquecer, sin que nadie la escuchara. Ahora se hallaba agotada, extenuada por el miedo, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante y los

párpados cerrados. De no tener la cabeza sujeta al respaldo de la silla, habría caído sobre su propio pecho.

—Ya estoy de vuelta, Xina; tu amiguita se ha portado bien —dijo, muy satisfecho, aquel personaje.

Encendió la luz focal que de nuevo iluminó las calaveras encerradas en sus urnas respectivas.

—Se lo suplico, déjeme ir —pidió Xina, apenas sin voz.

—¡Mira!

Pasándole la mano por delante, casi aplastó la calavera del Diablo de la Noche contra la cara de Xina que lanzó un grito.

—Te asusta, ¿eh? —se rió aquel ser despreciable—. Ésta sí es la auténtica y ya tengo una campana de cristal preparada para encerrarla, nada más y nada menos que el Diablo de la Noche… Dicen que poseía extraños poderes, poderes que le venían del Más Allá, que tenía un pacto con Satán… Tonterías, era un ser excepcional, eso sí, y no consiguieron descubrir sus trucos. Hipnotizaba como nadie y hacía creer a sus víctimas que hablaban con sus muertos, gracias a él, mas sólo era sugestión. En una ocasión, yo me burlé de él en un club privado; sí, me reí de él y el muy astuto me hipnotizó y me puso en ridículo. Juré que nunca se lo perdonaría y ahora que está muerto, yo poseo su cráneo y le hago un gran honor al incluirlo en mi colección de calaveras célebres.

Aquel demente hacía gala de un placer morboso por la obtención de semejante cabeza que uniría a su colección y, en cierto modo, también satisfacía una venganza largo tiempo acariciada.

—Si yo pudiera, si yo pudiera… —musitó Xina.

—¿Si pudieras, qué?

—Juro que llevaría esa calavera de nuevo a su tumba, para que descansara eternamente con el resto del cuerpo.

—¿Tú devolver la calavera a la tumba? —Soltó una estentórea carcajada que retumbó en las paredes de aquella especie de caja fuerte ubicada en el sótano de la mansión y que había convertido en el santuario de la repugnante colección inspirada por su necrofilia —. Tú ya jamás saldrás viva de aquí, Xina, te tengo reservada una diversión. No puedo dejar testigos, ¿lo Comprendes, verdad? Soy una persona importante y podrían descubrirme.

—No le he visto, se lo juro, no le he visto la cara.

—Pero sería un riesgo dejarte salir viva. El pozo de las ratas será

tu tumba. No lemas, no sufrirás mucho rato, las hay a cientos, quizá a miles, y están siempre hambrientas. Nadie te encontrará jamás; ni siquiera hallarán tus huesos, porque ellas los roerán hasta desmenuzarlos, tienen necesidad de hacerlo. ¿Sabías que rada año les crecen los incisivos quince centímetros y, por ello, necesitan estar royendo siempre?

De pronto, se escuchó como un batir de mandíbulas. Xina, que va había rebasado la frontera del miedo, que ya no podía sentir más terror del que ya había sufrido y acumulado en el tiempo que permanecía atada y encerrada frente a las calaveras metidas en sus campanas de cristal, pudo ver que, primero una y luego otras, batían sus mandíbulas como si, súbitamente, cobraran vida.

El extraño coleccionista, con la calavera del Diablo de la Noche en la mano, quedó quieto, estupefacto al ver que todas las calaveras de su colección batían las mandíbulas como en un acto de protesta, dentro de sus campanas de cristal.

—No es posible, será un sueño, sí, será un sueño…

Mas no parecía ser un sueño. La calavera de Horacio Conwell Harrison el Diablo de la Noche, escapó de entre sus dedos como poseedora de vida propia y se elevó en el aire centrando en el necrocoleccionista sus cuencas vacías que semejaban tener un hálito de luz rojiza.

—¡Estaré soñando, soñando!

La calavera, volando, le rodeó mientras las mandíbulas de las otras calaveras batían con más fuerza y las campanas de cristal oscilaban peligrosamente, como incapaces de contenerlas en su interior. Al fin, una de las campanas cayó al suelo, rompiéndose el cristal. La calavera que permaneciera encerrada hasta entonces, quedó libre.

—¡No puede ser, no estáis vivas, sois seres muertos, muertos!

Gritó desesperado, corriendo hacia la salida porque el púnico se apoderó de él. Aquellas cabezas que él había manejado como objetos inertes cobraban vida, de pronto, por la maligna presencia de la calavera de Horacio Conwell Harrison.

Toda la seguridad se esfumó en aquel extraño personaje que heredara de su abuelo tan siniestra colección. Trató de alcanzar la salida de su macabro santuario, pero la cabeza del Diablo de la Noche se desplazó en el aire, interponiéndose entre él y la puerta,

impidiéndole avanzar, porque el terror se había apoderado de él.

Mientras, Xina, más allá del miedo, en una fría actitud de espectadora, vio cómo las campanas de cristal se rompían y las calaveras encerradas escapaban, desplazándose en el aire como poseedoras del poder de la levitación.

Así, una tras otra, toda la colección atacó a su cancerbero, al hombre que las había arrancado de sus tumbas profanadas para encerrarlas allí como objetos coleccionares para satisfacer su morbosa necrofilia.

Las docenas de calaveras lo acorralaron contra una de las paredes y su víctima fue cayendo. Las calaveras avanzaron hacia él, batiendo las mandíbulas.

Xina le oyó gritar de terror y dolor, oculto por la masa de calaveras que semejaban devorarlo a dentelladas como castigo a sus profanaciones.

—¡Xina!

—¡Paul!

En la puerta apareció Paul y como si todo hubiera sido algo irreal, las calaveras quedaron quietas y, bajo ellas, su víctima también. Sólo había quedado una calavera en un estante, una calavera que lo mismo Xina que Paul conocían.

—¡Paul, Paul, sácame de aquí!

—Enseguida.

La desaló, la muchacha apenas podía moverse.

—¿Y ese hombre? —preguntó Paul.

—No sé quién es, te juro que no lo sé.

Paul se aproximó al cuerpo caído sobre el que se amontonaban las calaveras.

—No te acerques, Paul, ellas lo han ajusticiado.

El joven no hizo caso y apartó las calaveras que ya habían perdido su poder de movimiento, de vengativo ataque, calaveras ensangrentadas. Al descubrir al hombre que estaba bajo ellas, tuvo que apartar la mirada. Estaba en carne viva, todo el cuerpo destrozado a dentelladas y las calaveras, manchadas de sangre.

—Es irreconocible —musitó.

—¡Paul, Paul, sácame de aquí, sácame! —sollozó Xina, ya sin poder más.

—Sí, no temas. —Miró la calavera de Horacio Conwell Harrison,

que a su vez, parecía mirarle a él desde sus cuencas vacías, y opinó —: Tengo la impresión de que hay algo fantástico y maléfico en esa calavera.

—He jurado que, si me salvaba, la devolvería u su tumba.

—Entonces, cumpliremos tu juramento.

Tomó la calavera y volvió a encerrarla en la caja de cartón. Ayudó a Xina a salir del macabro santuario y cerró la recia puerta haciendo correr las ruedas numeradas. Después colocó la puerta de madera, encima.

—Quizá algún día lo encuentren, pero tú, Xina, no cuentes nunca lo que has visto, será mejor para ti.

Abandonaron la casa. Ignoraban quién era aquel morboso necrocoleccionista y no se interesaron por averiguarlo. Mejor era dejarlo en el olvido, de este modo nadie trataría de buscar las tumbas profanadas, para cada una de aquellas calaveras.

# EPÍLOGO

El «Volkswagen» se detuvo entre los árboles del parque. Al otro lado se alzaba el muro del cementerio recubierto de hiedras húmedas.

—¿Queréis esperar aquí? —preguntó Paul.

Juliet Xina se miraron entre sí y ambas denegaron con la cabeza.

—Entonces, vamos.

Los tres cruzaron la solitaria calzada y llegaron hasta la verja de entrada, fue fácil abrirla con una ganzúa. Después se internaron en el recinto. La humedad reinante era intensa, pero había algo más de luz. En silencio, llegaron al panteón de Horacio Conwell Harrison y abrieron la reja. Juliet y Xina explicaron a Paul cómo habían abierto la tumba, levantando la pesada lápida y entre los tres lograron abrir el ataúd. Luego no hubo dificultades, la cerradura ya aparecía reventada. Paul levantó la tapa del féretro y descubrió la calavera artificial que cualquier estudiante de Medicina podía comprar por unas cuantas libras.

—Fuera con esto.

Tomó la caja de cartón y sacó de ella la auténtica calavera del Diablo de la Noche, depositándola en su lugar. Tuvo la vaga impresión de que la cabeza sonreía; no comentó nada al respecto, pero sí dijo:

—Que tu descanso sea eterno: no sé si en la luz o en las tinieblas.

Cerró el féretro, mientras la calavera artificial se desprendía de los dedos de Juliet. Al caer sobre el suelo de granito se rompió en múltiples pedazos, como si hubiera comenzado a descomponerse, a desaparecer. En aquel instante, una fortísima luz, unida al trueno que hizo temblar todo el panteón, estalló muy cerca de ellos.

—Vamos, comenzará a llover —dijo Paul.

Y se alejaron con la extraña sensación de que un gran peso, cargado de maleficios, se había desprendido de ellos. Mas les costaría mucho tiempo olvidar todo lo que habían vivido y que no podrían explicar a nadie porque nadie iba a creerles.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts